

Mons. Jesús García Burillo
Obispo de Ávila

Este es el tiempo de la misericordia

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 4, 1-21

Carta pastoral

PRESENTACIÓN

El pasado mes de julio tuve la alegría de participar en la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, junto con el Papa Francisco, cien chicos y chicas de Ávila y millones de jóvenes procedentes de todos los rincones de la Tierra. Para mí fueron unos días muy hermosos. En ellos pude renovar mi fe, fortalecer mi compromiso evangelizador y experimentar el gozo de ser Iglesia, es decir: comunidad de hermanos procedentes del mundo entero, que caminan unidos por el Espíritu Santo en la espera dichosa del retorno glorioso de Jesús resucitado, de cuya amistad y compañía disfrutamos ya anticipadamente por la fe. Os confieso que estar con los jóvenes es una de las dimensiones más bonitas de mi servicio como Obispo. Pocas cosas hay tan fascinantes como descubrir las obras bellas que Jesús hace en sus corazones y dejarse empapar de la ilusión de ese «amor primero» que nace cuando uno descubre que la fe no es una teoría, ni un sistema ético, ni un mito, ni una cosa del pasado, sino un acontecimiento: el encuentro decisivo con la Persona de Cristo, que nos ama hasta el extremo y que, por la relación íntima con Él, llena nuestras vidas de luz, de paz y de esperanza.

El lema de nuestro encuentro estaba en consonancia con el Jubileo de la Misericordia: Bienaventurados los misericordiosos. La Santa Sede me invitó a dar unas catequesis sobre este tema, que son las que os propongo ahora en la publicación que tienes en tus manos. Están pensadas especialmente para jóvenes, lo cual no impide, por supuesto, que ofrezcan también alguna luz a todos los cristianos que, independientemente de su edad, quieran profundizar sobre el tema. Al final de cada una de ellas hay unas preguntas, que pueden servir para la oración personal o para el trabajo en grupo.

Durante mi ministerio episcopal, con frecuencia he encontrado cristianos que necesitaban una lectura a la vez sencilla y profunda que les ayudara a penetrar mejor en el misterio de la fe. También he hallado párrocos que expresaban su dificultad para crear grupos de adultos o de jóvenes, al no saber qué itinerario proponerles o qué material trabajar. Para responder a estas dos necesidades es por lo que, hace ya años, me decidí a que mis Cartas Pastorales tuvieran una orientación concreta para su asimilación personal y comunitaria. Espero que os sean de ayuda. Para mí, desde luego, ha sido una gracia poder pararme a contemplar la misericordia de Dios que Cristo nos manifiesta en los tres pasajes evangélicos que comento. La capacidad de perdón de nuestro Padre del cielo es la fuente de toda alegría y de la verdadera paz. Ojalá podáis también descubrirlo vosotros, en medio de una sociedad en la que, para muchos analistas, avanza la tristeza y en la que, como podemos comprobar simplemente estando atentos a los medios de comunicación, se están radicalizando las posturas, incrementando las divisiones y el rencor, y alimentando la violencia. Con frecuencia, la tensión hacia los otros es la consecuencia de una falta de armonía interior, que no se recupera con técnicas de autocontrol o terapias de autoestima, sino que se alcanza desde la experiencia de saber que, pese a nuestro pecado, somos infinita y eternamente amados; pese a nuestras culpas, somos perdonados; pese a nuestra fragilidad somos sustentados; pese a nuestra debilidad se sigue confiando en nosotros; pese a nuestra falta de esperanza, siempre hay Alguien, el buen Dios, que como el padre de la parábola del

hijo pródigo no deja de aguardar nuestro retorno y de seguir esperándonos aun en aquellas ocasiones en que nos hemos dado a nosotros mismos por perdidos.

Aunque no es habitual que las Cartas pastorales tengan dedicatoria, en esta ocasión yo sí quiero hacerla. Me gustaría que entendierais las humildes reflexiones que siguen como mi regalo personal a los cien chicos y chicas de Ávila que me acompañaron en la JMJ; a todos los jóvenes de la Diócesis, por quienes no dejo de rezar y a quienes me gustaría presentarles eficazmente la alegría de ser amigos de Jesús; y a todos los que, por su situación personal, estén especialmente necesitados de la misericordia de un Dios que está siempre dispuesto al perdón, porque quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1Tim 2, 4).

Este es el tiempo de la misericordia

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 4, 1-21

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo. En todos aquellos días, estuvo sin comer y, al final, sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan». Jesús le contestó: «Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”». Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo». Respondiendo Jesús, le dijo: «Está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: “Dará órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te cuiden”, y también: “Te sostendrán en sus manos para que tu pie no tropiece contra ninguna piedra”». Respondiendo, Jesús le dijo: «Está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». Acabada toda tentación, el diablo se marchó hasta otra ocasión.

Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan.

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndoselo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír».

INTRODUCCIÓN

Saludo a los jóvenes llegados a Cracovia de las diversas diócesis de España para celebrar el Jubileo de la Misericordia.

¿Por qué celebrar hoy un Jubileo de la Misericordia?

Primero. Porque es en este tiempo de grandes cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer signos de la presencia y la cercanía de Dios. Santa Faustina recibe de Jesús esta promesa: *de Polonia saldrá una chispa que preparará el mundo para mi última venida*. Es lo que la Iglesia espera de nosotros, jóvenes, afectados por tantas situaciones dolorosas: terrorismo internacional, persecución de cristianos, refugiados en Europa por millares huyendo de la guerra y de la persecución religiosa, muchos de los cuales mueren en el mar u otras circunstancias; un cambio cultural en Occidente, impregnado del relativismo ideológico y moral que da paso a una nueva era; una dura crisis económica desde el año 2008; una secularización profunda en la vida de la Iglesia que lleva a un modo de existencia *como si Dios no existiera...*

En estas circunstancias la Iglesia descubre el sentido de la *misión* que el Señor le ha confiado desde el día de la Pascua: ser signo e instrumento de la misericordia del Padre: *Sed misericordiosos como el Padre, Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia*.

Jesús se dirige a los discípulos, llenándolos de alegría: *Paz a vosotros, como el Padre me envió así os envío yo a vosotros. Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos* (Jn 20,21-22).

Segundo. Porque necesitamos ser perdonados. Un Año Jubilar es un año de perdón, donde tiene lugar la gran perdonanza; es un año donde se recobra la amistad con Dios y con la humanidad. La palabra «jubileo» procede del hebreo *yobel*, el cuerno con que se anunciaba cada 50 años un año santo de amnistía y devolución de las tierras a sus antiguos propietarios, evitando los grandes latifundios, porque *el Señor es el dueño de la tierra*, que la entrega a su pueblo y exige solidaridad. Es un año extraordinario de gracia del Señor, de renovación espiritual, concedido por alguna razón especial (50 aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, V centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús...), que tiene como objetivo celebrar la misericordia de Dios, a Jesucristo que es el Rostro de la misericordia (*vultus misericordiae*) del Padre.

Tercero. Al hablar del tiempo de la misericordia, podemos considerar dos tiempos: el tiempo personal y el tiempo de la sociedad, de la historia. Personalmente, la misericordia llega a mi persona en un momento determinado, dadas las circunstancias especiales en que me encuentro. Por ejemplo, a Sta. Faustina le llegaron las revelaciones y la intimidad con Jesús después de un tiempo de oscuridad espiritual, que le duró año y medio; Santa Teresa de Jesús encontró la misericordia de Jesús en una visión, después de dieciocho años de tibieza espiritual. La humanidad necesita especialmente la misericordia de Dios en algunos momentos de la historia, sobre todo después de catástrofes de guerra, o grandes turbaciones

sociales. La misericordia de Dios se hizo presente en el corazón de Faustina y Juan Pablo II después de las dos guerras mundiales y su tremenda repercusión en Polonia; y Santa Teresa contribuyó a la gran reforma de la Iglesia que tuvo lugar en el siglo XVI, unida a grandes perturbaciones sociales en Europa y el descubrimiento de América. El Papa Francisco afirma que el mundo actual, que vive «una tercera guerra mundial por zonas», está necesitado de la misericordia de Dios. Y tú, personalmente, ¿estás necesitado especialmente de la misericordia de Dios?

Esta catequesis tendrá tres apartados: 1. *Jesús es tentado, nosotros somos tentados*. El desorden en el mundo nos llega por el pecado y el pecado acontece en nuestra vida porque no somos capaces de superar las tentaciones, como lo hizo Jesús. 2. *¿Con qué somos tentados?* Es decir, cuáles son las tentaciones que tuvo Jesús y cuáles son nuestras tentaciones, las tentaciones de la humanidad? 3. *¡Este es el tiempo de la misericordia!* Un acontecimiento que tiene lugar en el momento presente para mí y para la humanidad.

I. JESÚS ES TENTADO, TÚ TAMBIÉN ERES TENTADO

Al comienzo de este capítulo hemos leído el inicio del ministerio público de Jesús según nos lo transmite el evangelista san Lucas. El Señor, después de haber sido bautizado en el Jordán y de escuchar la voz del Padre que lo declara su *Hijo amado*, en quien se complace (cf. Lc 3, 22b), afronta las tentaciones del diablo en el desierto y realiza su primera predicación en la sinagoga de su pueblo.

Me parece que es fácil encontrar cierta similitud entre estas dos escenas evangélicas y las situaciones vitales que estáis viviendo la mayoría de vosotros. Mientras caminamos por este mundo, *todos los seres humanos somos tentados*. A veces nos llega incluso a asustar la fuerza con la que el demonio puede seducirnos, incitándonos a hacer cosas que nunca antes habían pasado por nuestra cabeza. Pensamos: «¿Cómo es posible, Dios mío, que yo sea capaz de pensar tanta maldad? Si ya te he descubierto, si he hecho una opción decidida y firme por ser tu discípulo, ¿por qué sigo siendo tan propenso a hacer lo que te desagrade?». Todos nosotros podemos decir, con el apóstol Pablo: no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, *sino lo que aborrezco... no hago lo bueno que deseo sino lo malo que no deseo* (Rm 7, 15. 19). Hay algo en que me parezco a Jesús: soy tentado como Él.

Junto con esta experiencia universal de la fuerza de la tentación en nuestras vidas, algunos de vosotros, por vuestro compromiso cristiano, habéis comenzado ya una labor evangelizadora. Como Jesús en Nazaret, también vosotros os habéis dirigido a vuestros compañeros de clase, a vuestros amigos e incluso a vuestros profesores y a los directivos de las empresas donde trabajáis para presentarles con sencillez y alegría el mensaje de nuestra salvación: *¡en la resurrección de Cristo los hombres hemos sido redimidos del pecado!*, rescatados de la muerte y admitidos a la gloria del Padre, a compartir para siempre la condición divina de quien, por amor, quiso asumir nuestra condición humana. Quizá os hayáis lanzado a esta aventura de evangelizar con ilusión pero con miedos. ¡Es tan difícil transmitir la luz de la verdad a quienes están cómodamente instalados en las tinieblas del error! Sois conscientes de que la fe es como el fuego: si no se reparte se acaba. Pero con frecuencia se ponen en juego muchos miedos, muchas inseguridades personales y muchas

dudas de fe. «¿Quién soy yo –puedo preguntarme– para hablar de Dios si tantas veces lo siento ausente, si me siento inseguro y desconfío de Él?». Pues bien, teniendo en cuenta estas similitudes, merece la pena que leamos despacio el pasaje que al que hacía referencia.

1. JESÚS ES CONDUCIDO POR EL ESPÍRITU PARA SER TENTADO.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto (Lc 4, 1-2a). Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu (Lc 4, 12a). Lo primero que subraya el evangelista san Lucas es que Jesús es conducido por el Espíritu Santo. Él, siendo el Hijo de Dios, no actúa por su cuenta; sino que se deja llevar por el Amor personal del Padre, que es el Espíritu, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. En cierto modo podemos decir que Jesús acepta no ser el protagonista de su vida. Para poder conducir sus discípulos al Reino. Él acepta libremente un camino que ha sido trazado: *tiene que dejarse conducir Él, por la voluntad del Padre, que le guía mediante el Espíritu*, por Otro, en una dinámica que manifiesta su dureza en la escena del Monte de los Olivos cuando, antes de ser apresado, el Señor, sudando gotas de sangre por la angustia (cf. Lc 22, 44), suplica: *Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22, 42).*

Jesús, el protagonista de la historia, aquél desde el cual incluso los no creyentes miden hoy el transcurso del tiempo, acepta no ser el protagonista de su vida. *Él se deja guiar.* Esta actitud contrasta profundamente con los mensajes que recibimos por doquier en nuestra sociedad. Se nos invita a decidir sobre nosotros mismos –y, en ocasiones, a decidir sobre otros que dependen de nosotros–, se nos invita a «construir nuestro destino» y se nos dice que es feliz quien consigue hacer lo que quiere, cuando quiere y como quiere. Los norteamericanos presentan el modelo a seguir como el «*self-made-man*», el «hombre hecho a sí mismo», conseguido con su propio esfuerzo. Sin embargo es fácil descubrir la vaciedad de esas promesas. El «hombre hecho a sí mismo» termina siendo alguien que se pudre en su propia soledad. El que quiere determinarlo todo por sí mismo descubre que hay muchas cosas que no dependen de su voluntad, no puede variar su propio pasado ni decidir sobre los demás.

Nadie es tan libre que pueda elegir sobre sí mismo: sobre sus cualidades innatas, sobre las condiciones de su primera educación, sobre la personalidad que forjó de la mano de una familia que recibió sin conocerla, de unos amigos que lo quisieron sin merecerlo y de unas circunstancias históricas en su infancia por las que no fue consultado. Quien piensa que debe decidirlo todo, fracasará cuando descubra que hay decisiones que no le corresponden. Cuando uno ama espera ser correspondido y, sin embargo, esta correspondencia sólo puede ser esperada, no exigida. El amor o se da gratuitamente o no es verdadero amor. Si uno tiene que construirlo todo sobre sus propias fuerzas, entonces el empeño del hombre es un fracaso, pues nadie puede garantizar un solo día de su vida ni esquivar la muerte.

En realidad, sólo es verdaderamente libre quien se deja guiar por el Espíritu de Dios. Aceptar, como Cristo y con Cristo, que sea el Espíritu quien nos vaya llevando, supone dejar al Creador que imprima su eternidad en nuestro tiempo, al Amor más puro que dé

viento a nuestras alas, a la Vida verdadera que transforme nuestras obras de muerte para hacerlas reflejo del resplandor de su luz.

¿Me dejo guiar por el Espíritu? A veces un católico puede actuar con los criterios de su tiempo, semejantes a los no creyentes, aunque revestidos con una imagen superficial de fe. Dejarse guiar por el Espíritu supone invocarlo cada día, acogerlo en el silencio de la oración, descubrir su presencia meditando la Escritura, escuchar sus orientaciones con la ayuda de un maestro más avanzado, recibir los imprevistos como una oportunidad y no como una desgracia, excluirme a mí mismo del centro de mis pensamientos y acciones para poner a Dios, eliminar la «*lógica del descarté*» por la cual somos nosotros quienes seleccionamos a las personas que merecen o no estar a nuestro lado y sustituirla por una «*lógica de la acogida*», sabiendo que cada persona es un hermano por quien Cristo murió y alguien de quien se puede servir el Espíritu para conducirme a la plena felicidad del Reino.

Del evangelio que hemos escuchado sorprende que es el Espíritu Santo quien conduce a Jesús *al lugar* de las tentaciones. Lucas utiliza expresiones más suaves que las de Mateo, quien afirma explícitamente que el Espíritu conduce a Jesús *para ser tentado* (Mt 4, 1). ¿Cómo puede el Espíritu de Dios «ponernos a tiro» de Satanás? En el caso de Cristo, la tentación forma parte de la dinámica de su encarnación. Para entenderlo consultemos la *Carta a los Hebreos: No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiadamente ante el trono de la gracia para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno* (Hb 4, 15-16). Jesús no es un héroe solitario, sino un amigo solidario. Él, a pesar de ser el Hijo eterno del Padre, a pesar de ser tres veces santo por su condición divina, nos ha amado hasta el punto de abrazarse a todo lo que significa nuestra condición humana. Ha compartido nuestra suerte hasta el punto de hacerse, como nosotros, vulnerable: vulnerable a los golpes de los soldados, vulnerable al peso de la cruz, vulnerable hasta el punto de morir, vulnerable no sólo frente a las fuerzas humanas sino también frente a nuestro enemigo Satanás.

Cristo podría haber vencido el pecado «a distancia», disolviéndolo instantáneamente con su poder, pero nosotros no habríamos descubierto su compasión. Aquí nos encontramos con una inversión de los criterios religiosos que espontáneamente surgen en nosotros. A los hombres nos gusta admirar la omnipotencia de Dios, pero Dios ve las cosas de otra manera. *Él quiere ser conocido por su misericordia antes que por su poder. No quiere que lo aceptemos por temor, sino que lo acojamos por amor. Él no nos echa en cara nuestra debilidad cuando pecamos, sino que se inclina hacia nosotros y nos dice: «Hijo mío, no necesitas explicarme hasta qué punto puede ser fascinante el engaño del pecado. Yo, como tú, he sido tentado. Yo he comprobado la seducción del diablo. Comprendo que te hayas dejado engañar. Pero mírame, ¡Yo he vencido!, Yo no he caído. Dame tu mano y venceremos juntos. Ven conmigo a la casa del Padre».*

Decía el Papa Benedicto XVI que Jesús no venció el pecado «con declaraciones altisonantes, sino luchando en primera persona contra el Tentador, hasta la cruz» (*Ángelus* 21/2/2010). Destruyendo el pecado «a distancia», Dios nos habría redimido humillándonos. Habría declarado que nuestra humanidad era incapaz de derrotar a Satán. Para no

humillarnos a nosotros, el Hijo de Dios se humilló a Sí mismo. Para mantener la dignidad de nuestra condición humana, Él se hizo hombre y luchó la batalla de los hombres. Así, su victoria sobre el pecado no es la de un Dios lejano, sino la de uno de nosotros que se ha convertido en vanguardia de la entera humanidad.

El cristianismo no puede entenderse cabalmente si no es desde una afirmación de Pablo que responde a la cuestión esencial que se plantea la Iglesia el día de Navidad: *¿por qué Dios se ha hecho hombre? Pues, porque lo mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron... Pues así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos* (Rm 5, 12. 19).

2. TAMBIÉN NOSOTROS SOMOS TENTADOS.

Que el Espíritu lleve a Cristo para ser tentado tiene, por tanto, sentido dentro del plan de salvación. Pero, *¿También a nosotros nos lleva el Espíritu de Dios a ser tentados?* Para responder a esta pregunta os recuerdo el rito de profesión de una religiosa. En algunas órdenes, cuando la candidata emite su profesión, el obispo o el sacerdote pone en su cabeza una corona de flores y le dice: *«recuerda que no hay corona sin victoria, ni victoria sin combate»*. La corona de flores representa la Belleza inagotable y gozosa de Dios de la que todos esperamos participar tras vencer la muerte, pero ni el premio ni el triunfo son posibles si no libramos nosotros la parte de la batalla que nos corresponde.

Sabemos que no estamos solos. Como acabamos de ver, Cristo lucha con nosotros y, si nos dejamos guiar por Él, su victoria será la nuestra. Pero *tenemos que luchar*, no nos queda más remedio. Alguno puede pensar que nuestro mundo está lleno de tentaciones, que la sociedad no favorece la vida de santidad. Es así. Cuando a nuestro alrededor hay muchos que viven como si Dios no existiera, es fácil dejar de creer en Él. Cuando vemos cómo compañeros nuestros se construyen una religión *«a la carta»*, escogiendo del cristianismo lo que les gusta y rechazando lo incómodo, también nosotros nos vemos inclinados a imitarles. Cuando las *relaciones familiares* están tan descompuestas, es difícil honrar a los padres o incluso querer formar una familia. Cuando vemos las diversas formas de violencia que se ejercen en nuestro entorno, nos inclinamos a pagar a los culpables con la misma moneda. Y, ¿qué decir de la multitud de *estímulos sexuales* que hacen tan difícil guardar la castidad? ¿O de la dinámica inherente a una sociedad de mercado, donde el dinero parece la meta de la vida y el consumo la felicidad?

3. ¿CÓMO RESPONDER?

Como Jesús. Jesús da a Satanás respuestas taxativas: *¡No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios!; ¡A tu Dios adorarás, a Él solo servirás!; ¡No tentarás al Señor tu Dios!* Frente a la tentación que nos lleva al pecado hemos de tomar una firme decisión.

Ciertamente, las circunstancias actuales son tan contrarias a la voluntad de Dios expresada en los mandamientos que, para triunfar en la batalla contra el pecado, uno debe

practicar una cierta ascesis. Sin tomar una distancia crítica respecto a algunos presupuestos culturales que nos rodean, lo más probable es dejarnos llevar por el espíritu de la mundanidad. Esa ascesis nos aleja de lo que nos hace daño pero, sobre todo, es ascesis positiva: se trata de esforzarnos para crear en nuestro entorno comunidades de jóvenes donde se vivan de verdad los valores del Evangelio. En cierto sentido, se trata de prolongar en nuestras ciudades y pueblos de origen el estilo de vida que estamos probando durante la JMJ.

Sin embargo, esto no es suficiente. Jesús lo advierte con claridad: *lo que sale de la boca brota del corazón, esto es lo que hace impuro al hombre, porque del corazón salen los pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre* (Mt 15, 18-20a). Las circunstancias externas ayudan o dificultan nuestra lucha contra el diablo, pero el campo de batalla es *nuestro propio corazón*. La fórmula litúrgica de la corona que citaba antes se recita cuando una mujer entra a formar parte de una comunidad religiosa, en un ambiente diseñado *que favorece la santidad*. La ascesis no es suficiente. Nunca vamos a dejar de ser tentados. Nunca nos priva el Señor de la oportunidad de vencer al diablo para hacernos dignos de sus promesas. A veces, cuando un joven que llevaba tiempo alejado de la Iglesia se convierte, piensa entusiasmado que no volverá a su antigua vida de pecado, se desilusiona cuando ve que sigue siendo tentado; más aún, que lleva en sí heridas tan profundas de sus opciones anteriores que, aunque no quisiera, se ve arrastrado por ellas. Si esta fuera tu situación, *¡yo te invito a no desanimarte!*

Razones. En primer lugar porque, como veremos mañana, *Dios está siempre dispuesto al perdón*. En segundo lugar, porque debes centrarte en la verdadera compunción: los pecados no nos duelen porque hayamos fracasado en nuestros propósitos, sino porque le duelen a Jesús. Esto es importante para no caer en la tentación más peligrosa: centrarnos de tal forma en nosotros mismos que desviemos nuestra mirada de Cristo. Y, en tercer lugar, porque en ocasiones la fidelidad al Señor hace que *bajemos al barro de este mundo* para terminar manchando nuestros pies.

El Espíritu siempre nos empuja a estar con Jesús, el Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida. Necesitamos un ámbito, un grupo de fe, en el que librarnos del contagio mundano de nuestras sociedades y vivir la novedad del Evangelio; pero no podemos olvidarnos de que *hay otras ovejas que no son de este redil* (Jn 10, 16) y *que Cristo sale a buscarlas*, invitándonos a nosotros a ser el medio por el cual Él se acerque a ellas.

Una comunidad cristiana no puede ser un lugar en el que nos sentimos muy cómodos y en el que, a lo sumo, esperamos que otros vengan a juntársenos. La Iglesia, *si no es misionera, está enferma*. Nuestros grupos de referencia han de sostenernos en la prueba, alimentarnos en la fe, custodiarnos con su oración y sanarnos de las heridas del camino; pero su objetivo es enviarnos fuera, hacernos ciudadanos activos en nuestra sociedad, impulsarnos a *ser el rostro de Cristo* para el hermano alejado. Un Cristo que se ha hecho solidario de las tentaciones del hombre. Acercarnos al pecador como Cristo, sin una postura de intolerable superioridad moral, sino con humildad y sencillez, hace que quizá también nosotros seamos tentados y que, a diferencia de Cristo, nosotros sí caigamos. Ojalá no

suceda pero, si sucede, nos levantamos. Es preferible, conforme a la palabra del Papa Francisco, *una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma*. Es preferible vernos afectados por las tentaciones del hermano alejado antes que convertirnos en un gueto de supuestos «perfectos» a los que nadie se acerca y terminan mirando a los demás por encima del hombro. Si nos manchamos de barro por ir en busca del hermano, tenemos al Señor Jesús, que lava con su misericordia nuestros pies, como hizo en la Última cena con sus apóstoles (cf. Jn 13, 1-20). Si, por el contrario, permanecemos impolutos desentendiéndonos del hermano que no conoce la verdad del amor de Dios, entonces nos ahogaremos en la inmundicia que nace de nuestro propio corazón.

4. EN EL DESIERTO

Observemos que las tentaciones tienen lugar en el desierto. El desierto es un símbolo polivalente de retiro, de tentación y pecado, y de comunión con Dios. Esta referencia geográfica abunda en la misma idea que antes exponía: el diablo se sirve de lo que hay en nuestro propio corazón; no necesita demasiados estímulos externos para tentarnos. En el desierto, el pueblo elegido peca repetidas veces rebelándose contra Dios durante su éxodo desde Egipto hasta la tierra prometida (cf. Ex 17, 7). Al desierto se envía el chivo expiatorio, porque es allí donde reside el demonio (cf. Lv 16, 10). El desierto es símbolo de *soledad y retiro*, y por eso a nosotros nos suele resultar desagradable. No queremos quedarnos solos con nosotros mismos. Sin embargo, el desierto es también lugar en el que Dios *se revela por primera vez a Moisés* dándole a conocer su nombre (cf. Ex 3, 1-4, 17); donde manifiesta a los hombres su voluntad en los mandamientos y hace alianza con ellos (cf. Ex 19ss); donde Dios lleva a su pueblo para seducirlo. Merece la pena escuchar al profeta Oseas: *yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón... Allí le responderá como en los días de su juventud... aquél día –oráculo del Señor– me llamarás «esposo mío» y ya no me llamarás «mi amo»... me desposaré contigo en fidelidad y desposarás al Señor* (Os 2, 16. 17b. 18. 22). Del desierto, dice el Cantar de los cantares, *sube la amada apoyada en el amado* (cf. Ct 8, 5).

Es cierto que en el desierto habita el diablo; es cierto que en la soledad somos tentados; pero es más cierto aún que a solas con Dios podemos unirnos a Cristo y participar de su victoria. Atrevámonos a lo que san Juan de la Cruz llama «*soledad sonora*»: una ausencia de los hombres no para desentenderme de ellos, sino para centrarme en Dios; para integrarme en el destino de Cristo y permitir al Espíritu que me asocie a su resurrección. *¿Tenemos real espacio para este silencio y soledad*, o vivimos tan llenos de cosas y personas, tan agobiados por ruidos y reclamos, que al final Cristo es para nosotros más una idea que una presencia, más una historia del pasado que un presente que se sigue realizando y que me está involucrando?

II. ¿CON QUÉ SOMOS TENTADOS? LAS TENTACIONES DE JESÚS SON LAS NUESTRAS

Las tentaciones con las que el diablo provoca a Jesús son, en cierto modo, un resumen de las tentaciones de todo ser humano.

La primera tiene su origen en el hambre de Jesús, en una necesidad orgánica suya. Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan (Lc 4, 3). Se trata del deseo de seguridades materiales. Unas seguridades que pueden ser de distinto tipo: necesidad de tener alimento para mí y mi familia, necesidad de un empleo digno y estable, necesidad de amar y ser amado, deseo de estar sano y vivir con cierta independencia... En sí, estas cosas son buenas. Jesús no solamente comía, además sus adversarios le acusaban – exageradamente– de comilón y borracho (Mt 11, 19b). El problema surge cuando estas justas necesidades materiales se convierten en un absoluto para mi vida, olvidando la primacía de Dios. De ahí la respuesta de Cristo: no sólo de pan vive el hombre (Lc 4, 4; cf. Dt 8, 3).

Tenemos necesidad de cosas materiales para poder vivir, cierto, pero *necesitamos bienes espirituales para que nuestra vida tenga un sentido pleno*. El aumento de *depresiones, de desesperación* y hasta de *suicidios* entre los jóvenes de las opulentas sociedades occidentales es quizá la prueba más evidente de que el pan, por sí solo, no basta. Tiene que ir acompañado de la palabra de Dios. Porque es entonces cuando se produce un milagro que llega a su culmen en la *Eucaristía*. En ella, el sacerdote toma un trozo de pan y, pronunciando sobre él *la palabra de Dios, se produce la transustanciación*: externamente sigue apareciendo la forma del pan, pero la esencia de la materia da paso a la presencia del Hijo de Dios. En cierto modo, *la palabra de Dios siempre «transustancia» al mundo*: aunque mantiene su apariencia hasta el día del retorno glorioso de Cristo, su realidad más íntima acoge y manifiesta la alegre belleza del Eterno.

Acogiendo nosotros cada día la palabra de Dios, meditándola en la oración y nutriéndonos de ella en la liturgia, también nuestra vida cambia. Visto desde fuera, quizá todo permanezca igual, pero *nuestro interior irradia al mundo un gozo incomparable: el de sabernos custodiados en el corazón del Creador, unidos a Cristo por el Espíritu, y siendo amados por el Padre como es amado nuestro Señor, como hijos suyos*.

En relación a esta tentación, el Papa nos alerta del descarte: dar la espalda, *abandonar al hambriento*. Es la primera obra de misericordia: *dar de comer al hambriento*. Y hambrientos en la actualidad son ochocientos millones de personas o más de tres millones de niños que mueren al año, mientras un billón seiscientos millones de euros se destinan a armamentos. Ante esta realidad el Papa nos propone *«desnaturalizar» la miseria*, es decir, evitar que sea algo «natural». Para ello nos pide con Jesús: *dadles vosotros de comer*, evitar el derroche, el consumo abusivo, el desperdicio de alimentos; nos invita a superar la globalización de la indiferencia, asumiendo la obligación moral de compartir la riqueza en el mundo. Y a los Estados les pide equidad entre las naciones.

La segunda tentación, según el orden que presenta el evangelista san Lucas, es la *del poder: te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo (Lc 4, 6-7)*. Lo primero que llama la atención es que Satanás afirme que todo *«le ha sido dado»*. ¿Quién se lo ha dado y cuándo lo ha hecho? En el libro del Génesis leemos otra cosa: Dios ha puesto la creación *en manos del hombre* (cf. Gn 1, 28-30). Pero esto, claro está, sucede antes del pecado original. Con su rebeldía, lo que hacen Adán y Eva es entregar al diablo el mundo que Dios les había

confiado. Por eso es tan importante la respuesta de Jesús: *Está escrito: «al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto»* (Lc 4, 8). Sólo la adoración pura y perfecta de Jesús, sólo el culto verdadero que Él establece con su sacrificio en la cruz actualizado perpetuamente en la Eucaristía, sólo eso recupera para el hombre el mundo que, insensatamente, habíamos regalado al Maligno con nuestros pecados.

Como seguimos pecando, Lucifer continúa teniendo cierto dominio sobre el mundo: algo que, a la postre, siempre ejerce para destruir al ser humano y su dignidad. La política, el derecho, la acción humanitaria... son iniciativas buenas y necesarias para acabar con las guerras, las injusticias y el sufrimiento que causa la tiranía del diablo. Pero no bastan. Sólo incorporándonos a la adoración plena y perfecta de Cristo al Padre invertimos el orden de las cosas. Por eso es imprescindible que nuestras acciones vayan precedidas, acompañadas y recogidas por la adoración, si queremos que sean realmente eficaces; y por eso *son necesarios en la Iglesia hombres y mujeres que, consagrándose en cuerpo y alma a la adoración* cada día de su vida, sigan recuperando con Cristo el mundo para el hombre.

Jesús no adora al diablo. Es más fácil caer en esa tentación de lo que parece. Y no me refiero a los *cultos satánicos* que, por peligrosos que sean para el que los practica, no dejan de ser minoritarios. La mayoría de los que adoran al diablo no lo hacen hincando su rodilla ante un rostro con cuernos y tridente, sino ante formas más sutiles que el Enemigo del hombre suele adoptar. Las más comunes son las *ideologías totalitarias* que siguen presentes en algunas opciones políticas de nuestras sociedades. Una *política es totalitaria* cuando *pretende regir todas y cada una de las facetas de la vida humana*; no sólo el ordenamiento de la convivencia pública –que es lo que legítimamente les corresponde–, sino también la *conciencia* de los ciudadanos, sus *convicciones* fundamentales y hasta la legitimidad de sus opciones religiosas. Una ideología es totalitaria cuando no se conforma con proponerse para ser libremente aceptada por quien lo considere adecuado, sino cuando pretende imponerse mediante el descrédito, la ridiculización o la marginación de otras propuestas, mediante el engaño publicitario que pueden difundir los medios de comunicación o las nuevas tecnologías, e incluso –si llegare el caso– mediante el uso de la fuerza. Precisamente Polonia, el país que nos acoge, ha sido testigo de la crueldad inhumana y diabólica de dos sistemas totalitarios de signo opuesto durante el siglo XX: el nacionalsocialismo de Hitler y el comunismo impuesto por la Unión soviética. Estas mismas tentaciones pueden resurgir bajo nuevas formas. Hoy, como entonces, los cristianos debemos recordar que *adorar a Dios requiere no arrodillarse ante ningún poder de este mundo. Sólo Dios es Dios*, y cuando una idea o una política pretenden usurpar su lugar, sin duda son fruto del Maligno.

La tercera tentación consiste en poner a prueba a Dios: tratar de que *Él actúe como nosotros deseamos*, en vez de aceptar su lógica y sus propuestas. Es como si le dijéramos: «para confiar en Ti, *necesito que Tú me des una prueba de que estás ahí*, de que realmente existes y me vas a proteger». Jesús experimenta justamente lo contrario. La lectura evangélica que hemos proclamado continúa con el resultado poco alentador de su primera predicación en la sinagoga de Nazaret: sus paisanos *lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo con intención de despeñarlo* (Lc 4, 29). El mismo que no quiso poner a prueba al Padre

tirándose desde el alero del templo, a punto estuvo de ser arrojado desde un alto de su ciudad. Aquí Jesús no realiza una intervención milagrosa, sino simplemente se escabulle (cf. Lc 4, 30). El Señor no cede ante el Maligno, no pone a prueba al Padre, ni elige ser recompensado con un cierto éxito, humanamente alentador. *Jesús confía en el Padre y cumple su voluntad* incluso cuando todo parece ir en contra.

El silencio de Dios. Con esta tentación os identificaréis quizás quienes, como yo, sois «cristianos viejos», con un largo itinerario de fe. A veces nos aterra un aparente silencio de Dios. ¿Por qué parece no hacer nada para detener el sufrimiento de sus amigos? ¿Por qué consiente la aberración de *Auschwitz*? ¿Por qué no me consuela en la oración a mí, que gasto mi vida y sufro por Él? Estamos ante la cuestión crucial para el hombre religioso: un Dios incomprensible tanto por su ser cuanto por sus acciones. Esto nos tienta. Si es tan difícil comprenderlo, ¿no será que no existe, o si existe no nos ama? Sin embargo, una certeza se impone: precisamente porque no se ajusta a nuestros criterios y deseos, porque no responde a las preguntas que le planteamos, precisamente por ello tenemos la prueba evidente de que Dios no es el resultado de nuestra imaginación.

Los hombres hemos inventado mitologías que intentan explicarlo todo, dando una palabra al drama del dolor y del mal. La historia del pensamiento ha ofrecido propuestas muy complejas, aceptadas por unos y rechazadas por otros. *El silencio de Dios*, por doloroso que resulte, es *prueba evidente de su verdad*. Como no es un invento del hombre, nadie puede poner en sus labios lo que Él no dice. Frente a su presencia soberana sólo cabe respetar su libertad. Sobre todo porque Dios no sólo calla, también habla y dice cosas que nos sorprenden. El cristianismo, al tiempo que calla ante cuestiones que otros han respondido, sencillamente porque no tiene respuesta de parte de Dios, plantea otras preguntas y hace afirmaciones que nadie en su sano juicio habría osado formular: *que Dios se hace hombre y fue crucificado, que prefiere la debilidad al poder, que resucita de entre los muertos y por ello da esperanza y dignidad a nuestro cuerpo*. Hablar sólo de la *inmortalidad* del alma es sencillo y no compromete a nadie, pero hablar de la *resurrección de la carne* supone afirmar un amor inaudito que desborda los límites de lo humanamente razonable confiriendo sentido y dignidad a toda la creación.

En los primeros siglos de la Iglesia, el teólogo Tertuliano expresó de forma admirable esta *paradoja* que sustenta nuestra fe: «El Hijo de Dios fue crucificado; no me avergüenza confesarlo, porque es humanamente vergonzoso. El Hijo de Dios murió; lo creo, porque decirlo es absurdo. Y el crucificado resucitó de entre los muertos; *lo acepto como verdadero, porque es imposible*» (*De carne Christi* V, 4). Piénsalo despacio. ¿Has visto morir a alguien? En un primer estado religioso, muy elemental y casi mágico, esperaríamos que Dios no dejara morir a una persona justa, sobre todo si lo hace en la flor de la vida, como consecuencia de una inesperada enfermedad. En un segundo estado, nos consolaríamos con la esperanza de que un Dios clemente recibiera con agrado el alma de una persona buena. Pero nunca nadie en su sano juicio diría, a los tres días de ver morir a alguien, que ese muerto estaba vivo, y que había comido y bebido con él. Quizá lo diría un loco de remate; pero nadie daría crédito a sus locuras ni sería capaz de que muchos le hicieran caso. A no ser, claro, que fuera verdad; porque en ese caso, *si lo imposible ha*

sucedido, si un muerto –Cristo– ha resucitado, entonces tiene sentido lo demás y la lógica del hombre debe salir de sus estrechos razonamientos para abrirse a la amplitud y belleza de la lógica de Dios.

Si eres *hijo de Dios, tírate de aquí abajo*, dice el diablo. Jesús se niega, y el Padre le recompensa no con el éxito de su predicación, sino resucitándolo la mañana de Pascua. Dios sí actúa con poder. La forma definitiva en que el Padre sostiene a Cristo entre sus manos – como decía el diablo citando el Salmo 91– *es arrebatándolo de la muerte y elevándolo a su diestra. Su destino es también el nuestro, pues asegura: el que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí estará también mi servidor* (Jn 12, 26a).

III. ¡ÉSTE ES EL TIEMPO DE LA MISERICORDIA!

Me he extendido ampliamente comentando la primera parte del pasaje evangélico referido porque desde él podemos comprender mejor el mensaje de la segunda: la predicación de Cristo en la sinagoga de Nazaret. Jesús explica una profecía de Isaías de forma tan breve como elocuente: *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír* (Lc 4, 21b). No es la única vez que el Señor aplica sobre sí esa profecía. Un poco más adelante, en el mismo evangelio según san Lucas, responde a los discípulos que Juan Bautista envía para preguntar por su identidad mesiánica diciendo: *Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados* (Lc 7, 22). Es decir: Jesús se entiende a Sí mismo como el profeta definitivo, como verdadero Mesías anunciado por el profeta Isaías, en el que se cumplen los signos beneficiosos de la plena irrupción del Enviado de Dios al mundo. Ciertamente, nos han llegado varios testimonios de milagros obrados por el Señor, en los que se corrobora su afirmación. El amor de Dios por los pobres se concreta en la *sanación que hace de algunos* de ellos.

De algunos, pero *no de todos*. Éste parece ser el motivo por el cual se levanta un revuelo en la sinagoga de Nazaret que culmina con el intento de despeñar a Jesús. Sus paisanos le reprochan no haber hecho ahí ninguno de los milagros realizados en Cafarnaún, y el Señor les responde citando el ejemplo de Eliseo, que sólo sanó a Naamán el sirio, a pesar de que por entonces había otros muchos leprosos en Israel. *Los milagros de Jesús son signos que señalan su verdadera identidad mesiánica* y que ponen de manifiesto que, en Él, *el Reino de Dios ya nos ha alcanzado*, aunque aún no se haya desarrollado en plenitud –y por eso no todos los enfermos se benefician de los milagros de Jesús o de sus apóstoles–.

En realidad, la salud del cuerpo es poca cosa comparada con el verdadero don que nos trae el Señor: nuestra *salvación integral*. Una salvación que, como veíamos al inicio de nuestra reflexión, no consiste simplemente en devolvernos algunos dones que el pecado nos había hecho perder. Los seres humanos rescatados por Cristo no retornamos al estado de Adán previo a su caída, sino que somos elevados muy por encima de él. Gracias a que el Hijo de Dios comparte nuestra condición humana nosotros somos asociados a su gloria divina. Los teólogos orientales se atrevieron a usar una palabra muy osada, pero muy verdadera: *Cristo nos diviniza*. El mismo Espíritu Santo, que está sobre él y que lo envía a realizar la obra de la salvación, ha sido derramado sobre la Iglesia el día de Pentecostés. El

mismo Espíritu que conduce a Jesús nos conduce también a nosotros. El que lo resucita nos resucitará también a nosotros.

Pero, ¿qué prueba podemos dar sobre la verdad de estas afirmaciones? Nosotros, como Jesús, hablamos del Evangelio en un contexto hostil, que nos exige una comprobación de lo que aseguramos. Nosotros, a diferencia de Jesús, no hemos recibido el poder de realizar milagros. Y, de hecho, aunque se nos hubiera concedido ese don, probablemente serviría de poco. Los mismos que vieron u oyeron hablar de los milagros de Cristo fueron quienes lo condenaron a morir en la cruz. Algunos que lo veían resucitando muertos o sanando enfermos pensaban que lo hacía por brujería o posesión diabólica (cf. Mt 12, 27-28), y no por ser el Mesías, «Dios-con-nosotros». *El signo más elocuente de la fe*, junto con la *resurrección* de Cristo, es *el perdón de los pecados* –de hecho, ambas realidades son inseparables e incomprensibles la una sin la otra, como demuestra la primera aparición del Resucitado a sus discípulos narrada en el evangelio de Juan (20, 19-23)–. Por eso se habla del *año de gracia del Señor*, el Jubileo que se describe pormenorizadamente en Lv 25, 8-55. *Jesús instauro ya para siempre el tiempo de la misericordia de Dios*. No todos los ciegos recobran la vista, no todos los sordos vuelven a oír; pero todos los pecadores son perdonados. ¡Ése es el testimonio supremo del Evangelio!

Es verdad que, en nuestros días, *muchos jóvenes han perdido la conciencia del pecado*; pero sufren sin saberlo sus consecuencias. No saben por qué está mal lo que hacen, pero llevados en el fondo por sutiles formas de egoísmo que se opone a Dios, *terminan encerrados en una tristeza* que oscurece sus vidas, que no son capaces de explicar y de la que no se pueden liberar. Nosotros, en cambio, al hablar del Evangelio, no enseñamos teorías; hablamos de *lo que hemos visto y oído*. No transmitimos simples ideas, sino que manifestamos a cuantos nos rodean nuestra más profunda identidad, nuestra experiencia más liberadora y fascinante. Nosotros somos pecadores que han sido perdonados. No somos mejores que nadie, pero nos sabemos comprendidos, absueltos, alentados y sostenidos por un amor más grande que nosotros mismos. Hemos hecho mal, pero Dios se ha apiadado de nosotros.

No nos ama ni nos perdona porque lo merezcamos, sino porque *lo necesitamos*. *La paz que otorga el perdón del Señor no puede surgir de nosotros mismos*. No nace de la mera tranquilidad de conciencia, del autoconvencimiento de que hay que superar los errores del pasado; no es fruto de un engaño subjetivo nacido de la autocomplacencia. *Es un don que se recibe de Otro*, que por venir de Otro nos saca de nuestro egoísmo y de la idolatría fanática del «yo», nos hace mirar desde abajo –pues hace que reconozcamos con especial sensibilidad nuestra miseria– pero con una mirada siempre puesta en lo alto, pues sabemos que, sin mérito nuestro se nos abren las puertas del cielo. Ese don de Otro, que es Dios, nos impulsa a convertirnos nosotros mismos en *instrumentos* de esa misma misericordia que hemos recibido. De ahí la oportunidad evangelizadora que nos ha ofrecido el Papa Francisco con este Jubileo de la Misericordia. Concluimos con sus propias palabras:

«Una pregunta está presente en el corazón de muchos: *¿por qué hoy un Jubileo de la Misericordia?* Simplemente porque la Iglesia, en este momento de grandes cambios históricos, está llamada a ofrecer con mayor intensidad los signos de la presencia y de la

cercanía de Dios [...] Es el tiempo para que la Iglesia redescubra el sentido de la misión que el Señor le ha confiado el día de Pascua: *ser signo e instrumento de la misericordia del Padre*. Un año para ser tocados por el Señor Jesús y transformados por su misericordia, para convertirnos también nosotros en testigos de su misericordia»¹.

El tiempo de la misericordia personal acaece en nosotros de modo especial por el *sacramento de la reconciliación*. Cuanto hemos reflexionado y experimentado en esta catequesis sobre nuestras tentaciones acontece en el sacramento del perdón. Este año jubilar y estas Jornadas Mundiales de la Juventud son un gran acontecimiento de la manifestación de la misericordia de Dios, como veremos mañana. Quizás, como Santa Justina o Santa Teresa, nosotros nos hallemos en un momento en que necesitamos una especial manifestación de su misericordia. Aprovechémoslo. Haber vivido el Jubileo durante este año y particularmente en estas JMJ nos señala que hoy es tiempo de la misericordia.

A la Iglesia, a cada uno de nosotros, el Señor nos pide hacer signos de la misericordia de Dios. Año Jubilar es un tiempo para manifestar con signos la misericordia de Dios, ser con Cristo Rostro de la misericordia divina. El Papa nos invita a recorrer el camino de la misericordia con la humanidad. Nos invita a construir una *Iglesia en salida* hacia las *periferias materiales y existenciales*, una Iglesia hospital de campaña donde todo caminante pueda experimentar la acogida y el afecto materno que cura y consuela, una Iglesia que combata el «descarte» de las personas olvidadas y desasistidas, una Iglesia que desarrolle a través de Cáritas y otras organizaciones de caridad y acción social programas de ayuda y asistencia; el Papa pide a los Estados equidad y misericordia en la relación entre naciones, acogida de refugiados, programas de alimentos que eviten el abuso y el despilfarro de los alimentos. Signos, en definitiva de salvación y misericordia de Dios para la humanidad.

¹

Francisco, *Homilía en las I Vísperas del II Domingo de Pascua o «de la divina misericordia»*.

PISTAS PARA EL TRABAJO PERSONAL O POR GRUPOS

¿Hasta qué punto tu vida es fruto de tu elección libre o de circunstancias que no has elegido? ¿Cómo te hace sentir esta realidad?

¿Qué opinas sobre la afirmación: «dejarse guiar por el Espíritu Santo da la verdadera libertad»? ¿Has sentido libertad alguna vez al dejarte guiar por Él para cumplir el plan del Padre sobre tu vida? ¿Qué prácticas concretas nos ayudarían a dejarnos guiar por el Espíritu Santo? ¿Por qué caminos te ha llevado el Espíritu Santo en los diversos ámbitos de tu vida: familiar, académico, social?

¿Te parece que el mundo de hoy encierra muchas tentaciones? ¿Qué tentaciones piensas que afectan más a los jóvenes de hoy en día? ¿Se parece tu vida cristiana a un combate?

¿Hasta qué punto un grupo de jóvenes cristianos puede ayudar en la lucha contra las tentaciones? ¿Qué dirías a alguien que piensa que un grupo de jóvenes cristianos se convierte en una élite alejada del mundo que mira por encima del hombro a los demás? ¿Qué le dirías a alguien que piensa que al entrar a un grupo cristiano no tiene que seguir luchando contra el pecado?

¿Tenemos un espacio real para el silencio y la soledad o vivimos tan llenos de cosas y personas, ruidos y reclamos que al final Cristo es más una idea que una persona presente?

En relación a las tentaciones de Jesús: ¿Tienes la necesidad de fomentar en nuestra vida los bienes espirituales? ¿Has experimentado que estos “transubstancian” tu realidad? ¿Observas en la sociedad ideas o políticas que se impone por el descrédito de otras propuestas, el engaño publicitario y que tratan de controlar las conciencias de los ciudadanos? ¿Cómo reacciono cuando Dios se sale de mi lógica y mis expectativas?

¿Has hecho experiencia de, sin merecerlo, haber sido comprendido, perdonado alentado y sostenido por un amor más grande que tú? ¿Experimentas la necesidad de recibir la misericordia del Señor a través del sacramento de la reconciliación?

Dejarse tocar por la misericordia de Cristo

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 15, 1-10

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros muy contento; y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

O, ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

INTRODUCCIÓN

La segunda catequesis de las JMJ en Cracovia es una invitación a dejarte tocar por la misericordia de Dios. En los evangelios hay muchas personas que buscan ser tocadas y a quienes Jesús toca. La *hemorroisa* busca ardientemente tocar la orla del manto de Jesús, y al hacerlo queda curada (Lc 8,40-48). El *apóstol Tomás* se adentra en el costado de Jesús para tocar sus llagas y recobrar la fe (Jn 20,24-29). El apóstol Juan recuesta su cabeza sobre el pecho de Jesús en la Última cena (Jn 13,23). Al *hijo* muerto de una viuda de Naín Jesús le tomó de la mano y le levantó, le resucitó (Lc 7,11-17). El *hijo pródigo* de la parábola, también “estaba muerto y ha revivido” con el abrazo del padre (Lc 15,24). A una *mujer encorvada* Jesús le puso las manos encima y enseguida se puso derecha (Lc 13,10-13). A un *leproso* le extendió la mano, y le tocó diciéndole: queda limpio y le curó (Lc 5,12-14); es un gesto semejante al del confesor. A *María Magdalena*, que abraza los pies de Jesús resucitado, éste le dice: no me retengas, que todavía no he subido al Padre; ella tenía todavía una larga tarea apostólica (Jn 20,11-18).

Esta catequesis tiene por objetivo dejarte perdonar por Jesús, nacer a una vida nueva. Te dice el Papa en su Mensaje: “Y tú, querido joven, querida joven, ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza?”

Y ahora escucha una de las escenas más desgarradoras de la historia del cine; es la que aparece en la película *La decisión de Sophie*, de Alan J. Pakula, estrenada en 1982. La protagonista, una escritora polaca madre de dos niños pequeños, es deportada al campo de concentración de Auschwitz. Al bajar del tren, un oficial nazi le dice que no hay sitio para sus dos hijos en la prisión, así que le pide que *elija a cuál de ellos matar* en ese mismo momento. La mujer, aterrorizada, se niega. Prefiere mil veces que acaben con ella antes que con sus hijos. Pero entonces el soldado hace amago de llevarse a los dos. Para evitarlo, desesperada, se abraza con fuerza al hijo mayor y deja que se lleven a la niña, quien grita desconsolada mientras la arrastran a lo largo de las vías del tren. Ese instante cambia por completo la vida de esa pobre señora, que queda destrozada para siempre. Si vosotros estuvierais en su lugar, ¿seríais capaces de perdonar al oficial nazi?

I. ¿QUÉ ES EL PERDÓN?

1. RESTAURAR LO IMPERDONABLE

Lo más trágico de este asunto es que la escena no es ficción. Muchas similares se vivieron a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, y muchas se siguen viviendo en la actualidad en algunos países. Precisamente en ese contexto de horror de mediados del siglo XX, la filosofía personalista viene a descubrir un dato fundamental: *el perdón es aquello que sólo puede existir donde ha acontecido lo imperdonable*. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando hablamos de «perdón» –y este año, gracias al Papa que ha convocado el Jubileo de la Misericordia, los cristianos lo hacemos con frecuencia– la idea que viene espontáneamente a nuestra mente es *bastante superficial*. Pensamos, por ejemplo, en una madre que no se enfada con su hijo pequeño cuando le rompe un jarrón mientras juega con la pelota en casa. Nos viene también a la mente la imagen de alguien que ha reaccionado

con violencia ante una situación, y al que disculpamos porque está pasando por un mal momento o porque ha crecido en un entorno familiar desestructurado.

Nuestro perdón suele fundarse en la comprensión: me pongo en lugar del que ha cometido una ofensa, asumo sus posibilidades y trato de excusarle. Solemos perdonar cuando hemos comprendido y excusado, cuando pensamos que lo que ha hecho una persona no es excesivamente grave o cuando soy capaz de asumir que las circunstancias de esa persona disminuyen su culpabilidad. Cuando la afrenta infligida es realmente seria, y cuando la perpetra alguien a quien no somos capaces de justificar, entonces surge lo que nos parece «imperdonable». Pero sólo entonces puede manifestarse *el perdón en su verdadera esencia*.

Dice Jacques Derrida que «*el perdón, si acaso existe, existe sólo donde se da lo imperdonable*» (*On Cosmopolitanism and Forgiveness*, London-New York 2001, 31). El perdón es algo más que pura comprensión, es algo más que excusar al culpable, mucho más que «hacer la vista gorda» frente a la gravedad de lo sucedido. El perdón requiere que vuelva a surgir de la nada una relación interpersonal que había sido completamente aniquilada, destruida y desintegrada por una ofensa real, grave e indigna de un ser humano. Por eso, cuando una persona perdona a quien le ha hecho mal; cuando *mirándole a los ojos le restituye la dignidad* que por su culpa había perdido; cuando vuelve a ofrecer espacio para la reconciliación y para *andar de nuevo un camino juntos*; cuando alguien hace eso está haciendo algo divino. Pues perdón es lo que más se parece en este mundo a lo que Dios hizo en la mañana de la *creación*: hacer *surgir algo nuevo, una relación nueva*, unas posibilidades nuevas, allí donde ya no existía absolutamente nada.

2. DESTRUIR EL MAL CON EL BIEN

Nuestra cultura *relativista* tiende a pensar que el mal no existe. Que haya acciones consideradas buenas o malas sería simplemente el resultado de un *convencionalismo social*. Desde esta perspectiva, «perdonar» sería sólo una actitud de la voluntad del ofendido, que *no daría tanta importancia* a las acciones del que le agravia. Tal planteamiento no tiene en cuenta la verdad de las cosas, porque ¡claro que hay realidades buenas y malas!

En el ejemplo que comenzaba exponiendo, en que un soldado fuerza a una mujer a decidir cuál de sus dos hijos ha de ser asesinado, es algo objetiva y realmente malo. Si una cultura lo defendiera como bueno y justo sería una cultura enferma e inhumana, contra la que habría que rebelarse. *Perdonar no es quitar importancia a la gravedad del mal, sino creer que el mal puede ser destruido a fuerza de bien* (cf. Rm 12, 21).

Por eso es tan importante el perdón para el cristianismo. *El Señor nos pide perdonar a los que nos ofenden y rezar por los que nos persiguen* (cf. Mt 5, 38-48) porque *su resurrección* de entre los muertos ha supuesto la *victoria definitiva del bien sobre el mal*.

3. EL PERDÓN ES GRATUITO

Dado que el mal es real y puede llegar a ser tremendamente grave, el perdón es siempre algo gratuito. Aunque el militar nazi se hubiera arrepentido de lo que hizo, ¿acaso puede devolverle la vida a la niña y la salud psíquica a la madre? ¿Le bastaría a esa escritora

polaca una penitencia rigurosa y prolongada del soldado para obtener una justa reparación de su falta? No; *cuando el mal es tan grave como el descrito, sería impropio decir que alguien merezca ser perdonado*. A uno no se le perdona porque lo merece, sino *porque lo necesita*. Cuando alguien pide perdón por un delito grave no se le ofrecen razones para convencerle de que vale la pena seguir confiando en él. El delincuente sabe que el perdón sólo puede llegarle por voluntad libérrima del ofendido.

Las cosas más importantes: la vida, la fe, el amor, la amistad, el perdón... no se conquistan, se reciben gratuitamente. Esto nos cuesta entenderlo, porque estamos acostumbrados a conseguirlo todo por nuestras propias fuerzas. De ahí que se necesite un corazón humilde para aceptar el perdón. Como dice Roberto Mancini, el perdón es el acto de quien «readmite a la relación consigo al que le ha ofendido, reconociéndole una dignidad que supera el mal cometido y comprometiéndose a llevar el peso de la ofensa sin ceder a la cólera» (*Esistenza e gratuità. Antropologia della condivisione*, Assisi 1996, p. 146). Por eso hemos de ser humildes: el perdón no se me concede porque yo lo merezca, sino *por una dignidad que me excede y que me viene por el hecho de ser hijo de Dios e imagen suya*. Cuando soy perdonado, acepto que aquél a quien he ofendido lleve sobre sí el peso de mi culpa, de la que, en cierto modo, se hace responsable conmigo.

4. NO ES INDULTAR, SINO RECONSTRUIR, HACER NUEVO

Perdonar no equivale a «indultar». Esto ya lo sabían en la Antigüedad, por ejemplo, Cicerón (cf. IV *Catilinaria* 6; *Pro Ligario* I) o Séneca (cf. *De clementia* II, 7). El *indulto* es lo que concede un gobernante a un preso. Se trata de *una medida de gracia* mediante la cual el culpable de un crimen deja de pagar las consecuencias de su delito. Hay una asimetría entre el perdonado y el que perdona. El primero sigue siendo para siempre culpable, mientras que el segundo, considerado como inocente, permanece en cierto modo «por encima de él». Indultar a alguien es decirle: *«estoy tan por encima de ti que no necesito exigirte una satisfacción por el mal que me has hecho: vete y déjame en paz»*.

Perdonar, por el contrario, está siempre orientado a *reconstruir una relación*. No es simplemente eximir al otro de asumir las consecuencias de sus actos, sino comprometerse con él para que se redima. No es despedirle de nuestras vidas, sino involucrarnos de tal forma en la suya que pueda ayudarle a salir de su mal. *No es un «ponerse por encima» que humilla al otro, sino un «ponerse por debajo» para sostenerlo en su debilidad*.

5. SÓLO DIOS PERDONA EN JESUCRISTO NUESTROS PECADOS

Estas convicciones a las que llega la reflexión filosófica de signo personalista se verifican en el concepto de perdón que tenemos los cristianos, porque es lo que Dios ha hecho con nosotros *perdonándonos en Cristo, Rostro viviente de su misericordia*. Él tiene en cuenta el peso de nuestros pecados. Podríamos pensar que, por ser Él el Creador y nosotros sus criaturas, no da demasiado valor a nuestros actos. Pero, justamente al contrario, Él nos toma más en serio de cuanto nos valoramos a nosotros mismos.

Dios sabe que no merecemos perdón. Pecado es la ofensa a Dios: al amor de Dios y a la solidaridad humana; es una rebeldía contra Dios (¡seréis como dioses!); es el amor de sí mismo y el desprecio de Dios. Él sabe cuánto distorsiona nuestra mínima falta la belleza del mundo salido de sus manos. Más aún, sabe que no «merecemos» ser perdonados. Incluso quienes llevamos muchos años bautizados, quienes cada noche pedimos perdón por nuestras culpas y nos levantamos cada mañana con el firme propósito de nunca más pecar, caemos con suma facilidad una y mil veces. ¡Tan frágil es nuestra naturaleza! ¡Tan débiles son nuestros propósitos! Pero una y mil veces Él vuelve a apostar por nosotros, vuelve a darnos su perdón por la simple razón de que *lo necesitamos*.

Sabe que caemos constantemente. Al hacerlo, no nos mira desde la distancia de un castillo celestial. Para que su perdón no nos humille es Él quien, al asumir en su Hijo nuestra condición humana, se pone en nuestro lugar, comparte las consecuencias de nuestras culpas, nos acompaña en nuestra caída y, *tomándonos de la mano*, nos lleva de regreso al seno del Padre. Esa es la grandeza de la redención cristiana.

Nos perdona por la muerte y resurrección de Cristo. Si el perdón de Dios fuera simplemente un «indulto», entonces volveríamos a la situación de Adán y Eva antes del pecado. Pero con la muerte y resurrección de su Hijo, con el envío del Espíritu Santo, Dios hace mucho más que indultarnos. Él verdaderamente nos perdona. *No nos devuelve sólo al paraíso perdido, sino que eleva nuestra dignidad mucho más*. Jesús se ha abrazado de tal forma a lo más bajo de nosotros, que nos permite estrecharnos a lo más alto de Él. Su misericordia no sólo nos exime de las consecuencias de nuestras culpas, no sólo nos libra de las penas del infierno, además nos abre las puertas de la gloria, nos eleva por encima de lo que somos, nos permite vivir como verdaderos hijos de Dios.

Jesús muestra su misericordia y su perdón mediante tres parábolas que recoge el evangelio de san Lucas en el capítulo 15. Son tres gestos significativos de la misericordia de Cristo: nos busca y *nos carga sobre sus hombros* (oveja extraviada); *nos busca, nos encuentra* y *nos recoge* (moneda perdida); *nos abraza*, nos viste, nos calza, nos pone un anillo y nos prepara un banquete (hijo pródigo).

6. UN EJEMPLO: EL HIJO PRÓDIGO

Todo esto lo expone Jesús en un relato muy conocido, que viene justo a continuación de las parábolas que hemos escuchado y que comentaré a continuación. Me refiero a la historia del *Hijo pródigo*. Todos la conocéis. Cuando preguntamos dónde está la imagen de Dios en esa narración, casi todo el mundo responde diciendo que es el padre de los dos hijos, el que rápidamente abraza al pequeño que se ha ido de casa y el que insiste para que el mayor participe de la alegría por el retorno de su hermano. Tal respuesta es correcta; pero habría que completarla con otra. Pensadlo bien.

La historia del hijo pródigo es la de un hijo que abandona la casa del padre para ir a vivir entre pecadores. Tanto se solidariza con ellos, que desciende a lo más bajo, a comer en una pocilga –los cerdos en la cultura semítica son animales impuros, signo de la muerte–. Pero una vez que ha descendido hasta el fondo de la miseria, se levanta –el texto griego dice *anastas, resucita*– y vuelve a la casa del padre donde recupera la dignidad de hijo. Por dos

veces se dice de él: *estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y lo hemos encontrado* (Lc 15, 24. 31b), es decir: las mismas palabras que la Iglesia dijo de Cristo en la mañana de Pascua.

Dios no sólo es el Padre que espera nuestro retorno para disculpar lo que hemos hecho y estrecharnos entre sus brazos, lo cual sería muy importante. Dios es también un enamorado que ha querido que su Hijo se identificara con los pecadores, hasta el punto de compartir las consecuencias de nuestro pecado, para que nosotros pudiéramos compartir su *condición de hijos* y pudiéramos participar en la alegría del banquete eterno en la casa de su Padre.

Estas cuestiones, aparentemente complejas, tienen una traducción muy sencilla en la vida práctica. A la luz de lo que acabo de explicar, podemos escuchar un *testimonio del Papa*, que nos ofrece para esta Jornada Mundial de la Juventud. En él nos descubre cómo Dios se nos anticipa, cómo nos sale al encuentro, cómo nos busca antes de arrepentirnos, cómo al igual que el padre de la parábola nos espera, y al igual que el hijo se identifica con nosotros. Escuchamos la experiencia del Papa:

La misericordia de Dios es muy concreta y todos estamos llamados a experimentarla en primera persona. A la edad de diecisiete años, un día en que tenía que salir con mis amigos, decidí pasar primero por una iglesia. Allí me encontré con un sacerdote que me inspiró una confianza especial, de modo que sentí el deseo de abrir mi corazón en la Confesión. ¡Aquel encuentro me cambió la vida! Descubrí que cuando abrimos el corazón con humildad y transparencia, podemos contemplar de modo muy concreto la misericordia de Dios. Tuve la certeza que en la persona de aquel sacerdote Dios me estaba esperando, antes de que yo diera el primer paso para ir a la iglesia. Nosotros le buscamos, pero es Él quien siempre se nos adelanta, desde siempre nos busca y es el primero que nos encuentra. Quizás alguno de ustedes tiene un peso en el corazón y piensa: He hecho esto, he hecho aquello... ¡No teman! ¡Él les espera! Él es Padre: ¡siempre nos espera! ¡Qué hermoso es encontrar en el sacramento de la Reconciliación el abrazo misericordioso del Padre, descubrir el confesionario como lugar de la Misericordia, dejarse tocar por este amor misericordioso del Señor que siempre nos perdona! ²

Y tú, querido joven, querida joven, ¿has sentido alguna vez en ti esta mirada de amor infinito que, más allá de todos tus pecados, limitaciones y fracasos, continúa fiándose de ti y mirando tu existencia con esperanza? ¿Eres consciente del valor que tienes ante Dios que por amor te ha dado todo? Como nos enseña San Pablo, «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores» (Rm 5,8). ¿Pero entendemos de verdad la fuerza de estas palabras?»

II. LA LÓGICA DE DIOS ES DISTINTA DE LA HUMANA

¿Cuál es la razón por la que Dios perdona nuestros pecados? ¿Por qué Dios es capaz de perdonar lo imperdonable? La respuesta está en que la lógica de Dios es muy distinta de la lógica humana. Lo comprobamos en el modo de actuar Jesús entre nosotros.

1. JESÚS COME CON LOS PECADORES

² Francisco, *Mensaje para la XXXI Jornada Mundial de la Juventud*

Jesús es criticado por sus adversarios porque acoge a los pecadores y come con ellos (Lc 15, 1). La lógica que solemos utilizar los seres humanos es la que recoge un viejo refrán castellano: «dime con quién andas y te diré quién eres». En la mentalidad religiosa de los fariseos, estar con pecadores suponía *contaminarse de sus culpas*. Si el Señor estaba a menudo con ellos –como da a entender el texto– eso quería decir para sus adversarios dos cosas: *o bien no sabía quiénes eran*, lo cual ponía en cuestión su condición de profeta (cf. Lc 7, 39); *o bien lo sabía y entonces era tan pecador como ellos*.

Hoy esta mentalidad religiosa puede parecernos muy lejana, pero quizá no lo sea tanto como parece. Recuerdo una anécdota que me contó un sacerdote. Él había estado por razones pastorales en la cárcel femenina Brieva dando una conferencia. Pocos días después, caminaba por la noche con un joven de la parroquia. Casualmente se encontraron con una de las reclusas que ahora disfrutaba de un permiso penitenciario. La mujer iba vestida como puede esperarse de alguien que ha ejercido la prostitución. El sacerdote se acercó a ella para saludarla con un par de besos, como solemos hacer en España, le preguntó cómo estaba por ahí y se despidió. Tras alejarse un poco, el joven le preguntó extrañado: «¿Y tú de qué conoces a esa mujer?». El sacerdote se lo explicó, preguntándole si tan raro le parecía que un cristiano se acercara a las mismas personas con quienes estaba su Maestro. La sorpresa de un chico comprometido, por este gesto de un sacerdote, nos plantea si no continuamos con la mentalidad farisaica que criticaba al Señor.

2. LA IGLESIA TAMBIÉN DEBE COMER CON ELLOS

Si la Iglesia se limita a trabajar con los buenos, con los que tienen una vida más o menos ordenada, si no se acerca a quienes realmente viven alejados de Dios por el pecado y excluidos de la sociedad biempensante, entonces *debemos plantearnos si somos realmente la Iglesia de Jesucristo*. Tened en cuenta que también nosotros podemos contagiarnos de lo que el Papa Francisco llama «*mentalidad del descarté*», tan presente en nuestra sociedad posmoderna.

¿Expulsamos los pobres a las periferias de nuestras ciudades, para que su precaria forma de vida no cuestione la comodidad con que revestimos la nuestra; para que, al no verlos, no se incomode demasiado nuestra conciencia? Si los atendemos, ¿lo hacemos *como un «hobby»*, como una actividad que asumimos porque queremos ser caritativos y a la que dedicamos unas horas a la semana, pero procurando en la mayoría de los casos no implicarnos demasiado? Podemos ayudar a grupos marginales, pero quizá no dejamos que su indigencia interpele nuestras opciones vitales.

A veces esta «lógica del descarté» tan opuesta al Evangelio se puede percibir también en nuestros propios *grupos juveniles*. No es extraño que algunos de sus miembros con mejores cualidades creen en torno a ellos «círculos de élites», amigos más cercanos que les caen mejor o con los que tienen mayor simpatía, y en el que no dejan entrar a quienes tienen más dificultades de relación o a aquellos con quienes han tenido un conflicto, aunque pertenezcan a la misma comunidad de fe. Esta dinámica hace sufrir mucho a los animadores pastorales, que pueden percibirla sólo cuando ya es muy difícil intervenir. Frecuentemente, aquí está la causa de que se disuelvan o se separen equipos de muchachos que, durante un tiempo, fueron verdadera fraternidad y que, tras aceptar este modo de proceder, se

convierten en pandilla de amigos donde *no tienen cabida los que piensan distinto*. El problema es que tienen un corazón demasiado pequeño; no han aceptado en el fondo los criterios del Evangelio: no han creído de veras que los marginados *son los predilectos de Dios*, ni han aceptado que sean un regalo para sus vidas.

Por supuesto, uno puede justificarse con buenas razones. ¡Nadie conocía la Escritura mejor que los fariseos y nadie elaboraba discursos religiosos mejor trabados! Quizá por eso, para contrarrestarlos, Jesús utiliza en las parábolas que hemos escuchado unos modelos que sin duda dejaron estupefactos a sus interlocutores. Es humanamente incomprensible dejar noventa y nueve ovejas en el desierto para ir en busca de una que se ha perdido. ¡Puedes perder la mayoría de tu rebaño! Pero Cristo no quiere descartar a nadie. Para Él todos somos importantes. Si uno prefiere excluir a integrar, no imita a Cristo, no es cristiano. Si uno piensa que su grupo de amigos es más fuerte por estar más cerrado, se equivoca. *La prueba del amor y de la fe es que son como el fuego: por su propia naturaleza buscan expandirse, porque cuanto más se dan, más se tienen.*

3. EMMANUEL, DIOS CON NOSOTROS

Debemos eliminar de nosotros la «lógica del descartar» porque, además, con la exclusión impedimos la conversión. Desde la interpretación de la parábola del Hijo pródigo que he hecho antes, se descubre que, en efecto, Cristo busca un «contagio». *Él acepta «contaminarse» con los pecadores, ser contado entre ellos* (cf. Is 53, 12) y asumir la muerte de los malditos (cf. Dt 21, 23; Gal 3, 13), con el fin de que los pecadores puedan «contagiarse» de su Santidad, los hijos de Adán puedan llegar a ser hijos de Dios y los descartados puedan participar de su misma Vida.

La forma en que Cristo nos redime queda manifiesta en el nombre que le dio el ángel en la anunciación a María. Se llamaría *Emmanuel*, «Dios-con-nosotros» (Mt 1, 23). Que Jesús esté a nuestro lado incluso en nuestras caídas es lo que nos permite asirnos a su mano para levantarnos. Que Jesús no tema ensuciarse con nuestro barro, nos anima a limpiarnos con su luz. Las resistencias que ponemos a caminar con los que no son como nosotros suelen ser consecuencia de nuestras crisis de identidad. Sabemos que, en el fondo, no somos tan cristianos como debiéramos, y *nos asusta que otras formas de vida puedan poner en cuestión las opciones que hemos asumido*. Sin embargo, Dios es siempre más fuerte. *Si ponemos los medios adecuados: la oración diaria, la confesión frecuente, la Eucaristía cada domingo e incluso algún día entre semana, el acompañamiento personal, la formación en el Catecismo... no habrá nada que temer*. Pero si nuestros hermanos alejados, pecadores, marginados, descartados, no perciben en nosotros, de primera mano, que merece la pena seguir a Cristo, ¿cómo cambiarán de vida? Si no descubren que son amados, ¿cómo aceptarán el amor?

4. JESÚS ES BUEN PASTOR

Jesús se identifica a Sí mismo con un pastor. Sabemos bien la riqueza de esta imagen, que Jesús desarrolla ampliamente en un largo discurso que nos ha llegado gracias al evangelista san Juan (cf. Jn 10). El significado inmediato trae a nuestra mente un mensaje de *humildad*. Los pastores no son personas socialmente importantes; sino trabajadores

sencillos que *acompañan* a su rebaño, lo conducen para *alimentarlo* con pastos frondosos y lo *protegen* de los lobos.

La imagen del pastor llevando sobre sus hombros la oveja (*kriophoros*, portador de oveja) viene desde muy antiguo. La más antigua se encontró en Siria y data del siglo X a.C. La imagen más antigua en el mundo cristiano procede de las catacumbas romanas en el siglo III y se encuentra actualmente en el Museo de Letrán. Esta figura expresa el cariño del pastor hacia su oveja descarriada, a quien encuentra exhausta e inerte, y tomándola en sus hombros *la cuida, la recupera y protege*.

Precisamente por esto, en el contexto cultural del Oriente próximo, *el pastor simboliza al rey y al gobernante*, ya que su pueblo se identifica con el rebaño. La función de las ovejas es alimentar al pastor –explicación alegórica de los impuestos– y la función del pastor es *proteger a las ovejas* –y de ahí el papel militar de la nobleza–. Esta comparación es especialmente querida en Israel, pues no olvida que su rey más conocido, *David*, comenzó sus días como pastor en sentido estricto (cf. 1Sm 16, 11b). El Antiguo Testamento reconoce en Dios su verdadero pastor. *El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes praderas me hace recostar...* (Sal 23, 1). En Jesús se descubre que, en realidad, los distintos conceptos no son separables. Él es *Dios verdadero*, que existía desde antes de la creación del mundo. *Descendiente de David*, viene a nosotros para regirnos no a la manera de los poderosos de este mundo, sino como verdadero *Señor de la historia*. *Nos libra* con el cayado de su cruz de los *dientes del diablo*, nos rescata de la muerte y hace de su *Palabra y de la Eucaristía la hierba fresca* con que nos alimenta. Lejos de toda jactancia, se hace pequeño con los pequeños. No aspira a honores, sino que es capaz de renunciar a todo por amor.

Por el *bautismo*, nosotros hemos sido identificados con Él, *hemos sido incorporados a su persona*. Compartimos, por gracia y adopción, su ser hijos de Dios y, por ello, somos «reyes» con Él. No para presumir o para imponer tiránicamente nuestra voluntad sobre los hermanos, sino para servirles y guiarles según el modelo de Cristo. Por eso *evangelizar es una tarea de todo cristiano*. Todos somos responsables, cada uno según su propio estado de vida, de la acción pastoral de la Iglesia. Pero el estilo común para todos es el de la pobreza y humildad. Estos criterios rectores, propios del pastor, han de ser guías de nuestros proyectos pastorales y nuestros compromisos cristianos.

Finalmente, el pastor se alegra de haber encontrado a la oveja: *¡Alegraos conmigo!* Expresa su propio gozo e invita a que todos se gocen con él. El punto central de la parábola es la alegría de Dios por el encuentro del que estaba perdido y por su vuelta a la casa paterna. ¿No te alegras tú también cuando alguien por tu medio se acerca a Jesús, da un paso en el camino del bien?

5. JESÚS, ACTÚA COMO LA MUJER QUE BUSCA UNA MONEDA

En el segundo ejemplo, Jesús habla de una *mujer pobre*. La palabra literal que se emplea por «moneda» es «*dracma*», pieza de plata de escaso valor. En este caso, sí que es comprensible el *esfuerzo que hace por encontrarla*. Os propongo fijarnos en los verbos que

Jesús usa en la parábola pues, si observamos a la mujer en busca de la moneda, podremos descubrir un interesante modelo de *itinerario espiritual*.

En primer lugar, la mujer *enciende una lámpara*. Podemos entender esta llama como el *Espíritu Santo* que, en forma de lenguas de fuego, desciende sobre los apóstoles en Pentecostés (cf. Hch 2, 3). La fe no es en primer lugar algo nuestro; es un don de Dios que Él nos da gratuitamente por medio del Espíritu Santo. Sólo *si Él ilumina nuestras vidas podemos pasar de las tinieblas del pecado a la luz de la verdad*. Creemos no porque seamos mejores que otros, sino porque el Señor nos ha regalado la fe. A nosotros nos corresponde cuidarla y avivarla. Pero, *sin el Espíritu Santo, nuestro seguimiento de Cristo no sería verdadera experiencia, sino sólo mera ideología*.

En segundo lugar, la mujer *barre la casa*. Vemos aquí una invitación a quitar de nuestra vida el pecado. Para encontrar el tesoro del Reino de los cielos, uno tiene que hacer un esfuerzo por eliminar de su corazón los hábitos y las costumbres adquiridas que nos alejan de Dios.

En tercer lugar, *busca con cuidado*. La interpretación espiritual nos aconseja estar *atentos a la Palabra de Dios*, a la Escritura, a los consejos de los maestros espirituales. No basta con recibir una vez la luz de la fe. Con ella nos convertimos en buscadores que sondean los lugares en los que pueden hallar a Dios.

Finalmente, la mujer *encuentra* la moneda. Nuestros *esfuerzos dan su fruto*. Encontramos esa moneda que se convierte para nosotros en un tesoro de alegría (cf. Mt 13, 44), que podemos hacer multiplicar para la vida eterna (cf. Mt 25, 14-30). Nosotros mismos somos la moneda encontrada por Jesús, que nos devuelve a la Iglesia.

Pero no olvidemos que, según la lógica de la parábola, *la mujer es imagen de la búsqueda de Cristo, y nosotros somos la moneda*. Es Jesús quien toma la iniciativa de las cuatro acciones descritas. Es Él quien enciende la luz del Espíritu, Él –no tú– quien barre tus pecados, Él quien te busca agachándose en el suelo donde estabas caído para verte bien, y Él quien te ha encontrado. Como decía san Ireneo, «Dios hace, el hombre se deja hacer» (*Adversus Haereses* IV, 11, 1). No somos nosotros quienes buscamos a Dios, es *Él quien en Cristo nos busca a nosotros*. Nosotros lo encontramos sólo porque Él nos ha encontrado antes. Ya lo anunció Isaías (65, 1): *Me he dejado consultar por los que no preguntaban, me han encontrado los que no me buscaban; he dicho: «Heme aquí, heme aquí» a un pueblo que no invocaba mi nombre*.

III. DOS IMÁGENES PARA REPRESENTAR AL SER HUMANO: LA OVEJA Y LA MONEDA

El pastor y la mujer son, por tanto, formas con las que Cristo habla de Sí mismo. La oveja y la moneda nos representan a nosotros. ¿Qué quieren decir estos símbolos?

1. LA OVEJA

Generalmente, a nosotros *no nos gusta que nos comparen con una oveja*. Si yo ahora os diera a elegir un *animal* que os representara, seguro que elegirías a alguno que simbolizara

la *fuerza*, como el león, el tigre, el dragón, el oso; o la *elegancia*, como el águila, el caballo, la gacela, el delfín... ¡Si sois *fans* de la serie *Juego de tronos*, a lo mejor preferís un lobo huargo! Pero probablemente ninguno de vosotros escogería ser representado por una oveja. ¿Qué hay en un animal tan frágil e indefenso que pudiera definir los valores por los que normalmente apostamos y que nos gustaría alcanzar?

Dios es nuestro pastor. Resulta curioso que Israel se comprenda a sí mismo con el símbolo de la *oveja*, del *rebaño*. En el *Salmo 100* leemos: *Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño*. Del rebaño de Dios, por supuesto. A través de esta sencilla frase descubrimos *tres dimensiones* fundamentales en la imagen de la oveja. En primer lugar, aceptamos este símbolo porque de este modo reconocemos a *Dios como nuestro pastor*. Nosotros no deseamos ser conducidos por los poderes interesados de este mundo. Al contrario: aceptamos que sea el mismo Creador quien nos cuide, nos proteja y nos conduzca.

En segundo lugar, las *ovejas son animales gregarios*, viven unidas, siempre en rebaños. Esto hoy nos parece una pérdida de libertad y en principio lo rechazamos. Sin embargo la imagen del rebaño tiene valores muy importantes. Frente al individualismo contemporáneo, interesa recordar que los seres humanos no vamos por nuestra cuenta. No estamos solos, sino que *alcanzamos nuestra identidad sólo en la medida en que formamos comunidades*. Nunca sabemos quiénes somos realmente si no caminamos junto a otros. Sin ellos, no podemos vivir, ni amar, ni creer, ni hallar la alegría. Es curioso el fenómeno que vemos hoy en día: solemos pensar que somos mejores cuanto más autónomos e independientes y, sin embargo, nos asusta terriblemente la soledad. En el fondo, nadie puede caminar sino con otros. No nos realizamos si no es recuperando lo que el Papa Francisco llama «el gusto de ser pueblo» (*Evangelii Gaudium* 268), de apoyarnos unos a otros en el camino de la vida.

Jesús instituyó la Iglesia como una comunidad de discípulos, San Pablo entiende la naturaleza de la Iglesia como “un cuerpo”, el cuerpo de Cristo (1Cor 12,12-31), y el evangelio de san Juan nos muestra la Iglesia como una vid, en la que todos los sarmientos están unidos a ella, porque en Cristo estamos unidos y sin Él no podemos vivir (Jn 15,1-17).

El tercer rasgo de las ovejas es que son animales frágiles: no tienen defensas eficaces frente a ningún depredador. Necesitan al pastor, pues sin él son la presa más fácil para cualquier carnívoro. Nosotros, que deseamos ser fuertes, que soñamos con hacer nuestra voluntad en todo momento, no reconocemos fácilmente que, en realidad, somos más débiles de lo que nos gustaría. A semejanza de la oveja sin su pastor, así también nosotros, *sin Dios estamos indefensos*.

Muchas veces confiamos en la seguridad de la ciencia, pero ni la medicina más avanzada evita nuestra muerte. En ocasiones otorgamos esperanza a nuestros proyectos sociales, pero ningún sistema político o económico ha durado eternamente. A nosotros nos gustaría construir *relaciones afectivas sólidas y duraderas*, matrimonios de cuento de hadas y amistades de película, y sin embargo debemos reconocer que esas hermosas metas son difíciles de conseguir, y que en no pocas ocasiones es *mi propia debilidad* la causante de muchas crisis. Aunque no nos guste reconocerlo, somos seres indigentes y necesitados

como las ovejas. Jesús lo dice claramente, pero abriéndonos una posibilidad insospechada: *sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15, 5). Esta palabra, lejos de deprimirnos, es la *fuerza de nuestra esperanza*. Ciertamente, sin Él nuestras acciones son siempre caducas, incapaces de responder a nuestros anhelos de plenitud. Pero *con Él lo podemos todo*. Al lado de Cristo, nuestra propia debilidad se convierte en fortaleza. Junto a Él, somos los mortales que han vencido la muerte, los pecadores que alcanzan la gloria, las criaturas que pueden acoger un amor perfecto, los seres que viviendo en el tiempo han roto sus cadenas y viven bajo el horizonte de la eternidad.

Necesitamos un Salvador. Hoy hay muchos a quienes les cuesta reconocer esta indigencia constitutiva del ser humano. Piensan que van a conquistar el mundo, que podrán todo por sus propias fuerzas, que no necesitan nada de nadie. Precisamente esta actitud es la que hace que *nuestro corazón se endurezca y le cueste aceptar la salvación* que Cristo nos ofrece. De hecho, hasta se hace bandera de una afirmación terrible: «no esperes nada de nadie, sino todo de ti». ¡Pobres de nosotros si esto fuera cierto! ¡Claro que tengo que esperar mucho de otros! Espero su amor, espero su ayuda, espero su comprensión, espero su perdón.

Nosotros no deseamos un salvador o porque no creemos que necesitamos ser salvados o porque pensamos que no necesitamos ayuda para lograrlo. El primer caso es el de quien vive cómodamente instalado en el presente. Creyendo que no puede alcanzar metas eternas, que el amor verdadero, la felicidad absoluta, la vida inmortal son fantasías infantiles, se conforma con los fugaces placeres de este mundo que pasa. En vez de apostar por la amistad, le basta el “*colegueo*”. En vez de trabajar por el amor se conforma con relaciones esporádicas. En vez de buscar la auténtica alegría se satisface con placeres fugaces. En vez de apostar por la eternidad casi prefiere que después de la muerte no haya nada, para poder justificarse a sí mismo tras haber rechazado los valores más elevados y haberse conformado con una vida mediocre.

Quienes así piensan, aunque no sean capaces de formularlo con estas palabras, en el fondo no esperan perdón de Dios ni de nadie. Si toda la felicidad que puedo alcanzar es la que se obtiene en esta vida; y si de los otros no puedo esperar nada, sino que he de conseguir todas mis metas por mí mismo, entonces parece legítimo intentar obtener el mayor poder, el mayor placer y el mayor dinero posible, a costa de lo que sea. Hacerlo sería la única salida lógica para sobrellevar una vida que se acaba en este mundo.

La corrupción. A lo sumo, si me descubrieran, no pediría perdón, sino excusas, amparándome en que, si los otros hubieran estado en mi lugar y hubieran podido, habrían hecho lo mismo que yo. Por no considerarnos «ovejas», por olvidar que vivimos en comunidad, y por pensar no debemos esperar nada de nadie sino todo de nosotros mismos, por estas razones nace la *corrupción* que ensucia nuestras sociedades de diversas formas. Por el contrario, la justicia nace cuando comprendemos que nuestra sed de eternidad no es una ilusión pasajera, sino la más profunda verdad que nos constituye como personas.

Al comprobar nuestra fragilidad, no desesperamos de alcanzar el ideal que soñamos; por el contrario, reconocemos que, *por nosotros mismos, no podemos alcanzarlo, y por eso necesitamos*

un Salvador, un pastor que venga a buscarnos allí donde nosotros nos hemos perdido con nuestro deseo de independencia y de autosuficiencia, para que, cargándonos sobre sus hombros nos conduzca a la verdadera alegría.

Sobre sus hombros. Sin embargo, cuesta mucho dejarnos encontrar por Cristo, quien no cesa de buscarnos. A veces reconocemos que nos hemos perdido, que nuestra vida no tiene sentido, que estamos desorientados por las tinieblas, pero *soñamos ingenuamente que podemos encontrar nosotros solos el camino de vuelta al redil*. Quiero ser yo el dueño definitivo que determine mi propia vida. A lo sumo, permitiría que el Buen Pastor me encontrara y me condujera, siguiéndole yo a cierta distancia. ¿Pero, que me cargue sobre sus hombros Él a mí? Vale que una oveja no tenga colmillos ni garras, pero sí tiene patas. ¿Por qué dejarme llevar de tal forma?

¡Ser llamados! Quiero plantearos esta cuestión porque me parece que ésta es la situación de algunos jóvenes que estáis en comunidades cristianas. Vosotros habéis descubierto que necesitáis un Salvador, que vuestra vida es demasiado grande y bella como para que deba conformarse sólo con las vanas promesas de este mundo que pasa. Por eso os habéis acercado a la Iglesia. Pero, una vez en ella, aún no habéis desechado del todo el espíritu del mundo. *Os cuesta dejaros llevar por Cristo*. Queréis hacerlo a distancia, es decir, guardando siempre la posibilidad de salir corriendo si no os gusta el camino por donde os conduce; que os reconozcan como sus seguidores, pero que no os confundan con Él. En el fondo, queréis seguir siendo los dueños de vuestras vidas, y por eso no dejáis que sea Él quien os guíe.

El signo evidente de que esto sucede es cuando una comunidad de jóvenes no se plantea *la vida como vocación*. El *descenso de candidatos al sacerdocio* y a las varias *formas de consagración* nos preocupa no sólo porque no tengamos efectivos suficientes para cubrir las necesidades de la Iglesia. Nos preocupa porque es signo de que no os planteáis la vida como respuesta a la llamada de Dios, como un *dejarse llevar por Cristo* totalmente confiados en Él.

Para que el matrimonio sea verdaderamente cristiano ha de ser también una vocación: reconocer que el amor que siento hacia mi pareja y el deseo de formar con ella una familia no se debe sólo a nuestro cariño, a nuestra voluntad y a nuestra atracción, sino a un *proyecto eterno de Dios*. Es como si uno fuera una oveja que sigue al Buen Pastor a cierta distancia, pudiendo desviarse un poco del camino, juntándose ahora con esta y ahora con aquella, y teniendo a Cristo como referencia pero no como su verdadero y único Señor.

¡Deja que te lleve sobre sus hombros! ¡Atrévete a ponerte en sus manos! Si Él quiere llevarte *al matrimonio*, en él serás feliz porque seguirás caminando sobre Aquél que es la felicidad en persona. Si Jesús quiere conducirte consigo a la entrega por el Padre y los hermanos, *no tengas miedo de ser sacerdote o religiosa*, porque allí abrirás las puertas de la eternidad para ti y para tus hermanos. Pero déjate llevar en todo por Él. Sólo así tu vida tendrá la belleza, el sabor y el color de la verdad.

Víctima del sacrificio. Los cristianos nos sentimos muy orgullosos de ser comparados con una oveja, porque nuestro Señor Jesucristo, el vencedor de la muerte, es reconocido como el *cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29b). Con este animal se

hacían en el antiguo Israel los sacrificios, cuyo objetivo era *tender un puente entre lo humano y lo divino*. Por supuesto, sólo conseguían hacerlo de forma imperfecta. Jesús es el verdadero sacrificio ofrecido al Padre para conseguir lo que los sacrificios de la Antigua Alianza prefiguraban. Dice el autor de la *Carta a los hebreos*: *Si la sangre de los machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerra, santificaban con su aspersion a los profanos... ¡cuánto más la sangre de Cristo... podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo!* (Hb 9, 13-14).

Cristo es el verdadero Cordero, pues en su persona se unen perfectamente Dios y hombre. Al asumir esta misión, tiene que padecer la muerte de cruz. Ya lo había anunciado Isaías: *como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca* (Is 53, 7).

Para poder llevarnos sobre sus hombros, el Buen Pastor tuvo que cargar en ellos la cruz. El que no esté dispuesto a imitarle llevando sobre sí el peso de sus hermanos, no es digno de Él (cf. Lc 14, 27). Ser llevados por Cristo significa, por tanto, *ser asociados a su amor*, compartido con los hermanos. Con san Pablo decimos: *En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (Gal 6, 14). Esa cruz, sin embargo, es anticipo y signo de nuestra victoria. Pues, como canta el libro del *Apocalipsis*, Cristo, el Cordero degollado, es el único *digno de recibir el libro y de abrir sus sellos* (Ap 5, 9b), desentrañando así el sentido de la historia. Él es *digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza* (Ap 5, 12). Él es el vencedor definitivo que aniquila la muerte y hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5b), quien se desposa con la Iglesia (cf. Ap 21, 9) y asocia a cuantos pertenecen a ella a su reino de justicia, amor y verdad.

2. LA MONEDA

La segunda imagen del hombre pecador que nos presentan las parábolas proclamadas es *la moneda*. ¿Por qué se nos compara con ella? Probablemente por dos razones: porque *somos valiosos para Dios* y porque, como toda dracma, llevamos la imagen de *un rostro grabado en nosotros*. Hemos sido buscados, encontrados, recuperados para la Iglesia. Nosotros somos monedas con el rostro de Cristo impreso en nuestra alma. En nuestro bautismo y en nuestra confirmación fuimos grabados con la cruz de Cristo. Hoy nosotros somos el rostro de Cristo ante los demás. Si Cristo es el rostro de la misericordia del Padre, *nosotros también hemos de ser el rostro de la misericordia de Cristo*.

Eres valioso para Dios, ¡nunca lo olvides! Le importas tanto al Eterno que ha sido capaz de morir por ti. Por eso no tienes derecho a despreciarte a ti mismo ni a despreciar a ninguno de tus hermanos. ¡No podemos despreciarnos cuando hemos sido tan admirablemente amados! Y no podemos despreciarnos cuando todos nosotros, creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27) llevamos inscrito en lo más íntimo de nuestro ser el rostro de Cristo, el modelo de Sí mismo que el Creador miraba cuando nos forjó de la nada.

Descubrid el precioso valor de cada una de vuestras vidas, *dejad que el Buen Pastor os lleve sobre sus hombros y consentid que, a través del sacramento de la Reconciliación, Él os limpie de toda impureza para que brille su imagen en vosotros con renovado resplandor. Dejaos tocar por la misericordia de Cristo: que Él perdone vuestros pecados, os haga instrumentos de su perdón hacia los pecadores y nos lleve a todos juntos a la vida eterna.*

CONCLUSIÓN

¡Déjate tocar, déjate llevar a hombros, déjate llamar, déjate grabar... por Jesús!

PISTAS PARA EL TRABAJO PERSONAL O POR GRUPOS

El perdón suele fundarse en la comprensión pero ¿alguna vez te has sentido perdonado o has perdonado lo incomprensible, lo imperdonable?

¿Alguna vez alguien te ha perdonado superficialmente, es decir, te ha dicho: «estoy tan por encima de ti que no necesito exigirte una satisfacción por el mal que me has hecho, vete déjame en paz»? ¿Alguna vez alguien te ha perdonado en el sentido de restablecer la relación?

¿Qué te sugiere la frase: «El mal puede ser destruido a fuerza de bien» (Rm 12,21)?

¿Qué te sugiere la frase: «la vida, la fe, el amor, la amistad, el perdón no se conquistan, se reciben gratuitamente»?

¿Crees que los pecados que cometes ofenden de verdad a Dios? ¿Qué pensarías de Dios si un día te dijera que no te perdona?

¿Crees que en nuestras parroquias, grupos juveniles, movimientos existe el descarte que tanto denuncia el Papa Francisco?

¿Te sientes pastor de aquellos que conviven contigo pero están lejos de Cristo? ¿Eres para ellos un pastor pobre y humilde que les cuida, protege, alimenta y busca?

¿Qué te ha llamado la atención de la explicación de un cristiano como oveja o como moneda?

Señor, haz de mí un instrumento de tu misericordia

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25, 31-46

«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”. Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?”. Él les replicará: “En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo”. Y estos irán la castigo eterno y los justos a la vida eterna».

Objetivo: Comparecer hoy ante el tribunal de Jesucristo. Es decir, «presentarme ante el juez personalmente en virtud de su llamamiento» a fin de revisar mi vida y hacer un programa, con determinación, basado en las obras de misericordia.

INTRODUCCIÓN: LA MUERTE, UN TEMA OCULTO

Un reto pastoral en la Iglesia hoy es el *sacramento de la Confirmación*. En España los chicos suelen recibirlo a los catorce años. Muchos se confirman por costumbre social o para poder ser padrinos de bautismo o recibir el Matrimonio por la Iglesia. Todos tienen fe, siquiera de forma incipiente. Pero la dificultad en la preparación viene no sólo porque viven en un ambiente social hostil, donde sus compañeros actúan «como si Dios no existiese», sino que ni siquiera en muchas familias se da la práctica religiosa. Ante esta situación, es preciso iniciar *procesos más personalizados de preparación*. Pero, ¿cómo hacerlo?

Se trata de promover un *diálogo personal* con los jóvenes. Comenzamos con preguntas sobre sus sueños, sus amigos, su colegio, su familia... Y también sobre Dios. El objetivo que se persigue es valorar dónde está cada uno e ir ayudando a descubrir al joven cómo el Señor ya está presente en su vida, cómo le ama y cómo sólo tiene que descubrirle en su interior. Los chicos agradecen el trato personal, pero *hablar de Dios les cuesta mucho más*. No suelen tener experiencias religiosas, a no ser que en su entorno inmediato haya acontecido una muerte. Si ha sido así, los muchachos suelen derrumbarse, y entonces es posible presentarles algo novedoso: *el mensaje de esperanza que nos trae Jesús resucitado*. De aquí pueden extraerse dos conclusiones:

Primera conclusión: nuestra sociedad postmoderna fracasa a la hora de afrontar la muerte. Actuamos como si no nos fuéramos a morir nunca y, asustados, evitamos pensar en ella. Antaño la muerte formaba parte de la existencia ordinaria de todos, y los niños estaban en la cabecera de los familiares que fallecían. Hoy *muchos padres no quieren que haya menores en nuestros asépticos tanatorios*. Antes uno guardaba luto, hoy se nos anima diciendo: «*¡hay que superarlo!*», lo cual parece que equivale a olvidar pronto al que nos ha dejado. Antes visitábamos el cementerio con frecuencia para mantener vivo su recuerdo. Ahora las tumbas son olvidadas y las cenizas del crematorio, cada día más frecuentes, son arrojadas en algún lugar adecuado.

Un filósofo español, Pedro Laín Entralgo afirmaba que el mayor signo del cambio de época que estamos viviendo está en que a principios de siglo XX la gente repetía: «*Libranos, Señor, de la muerte imprevista*», mientras que en nuestros días se desea morir rápidamente y *sin enterarse*. En la cultura cristiana uno quería pedir perdón a Dios, entregarle el ama después de haberse confesado y después de haberse despedido de sus

seres queridos, hasta encontrarse con ellos en el Paraíso. Hoy pocos creen en el juicio, en el perdón, en la esperanza, no saben cómo morir, es decir, hacer de la muerte el *acto supremo de nuestra libertad*. Cabe preguntarse si este temor a pensar en la muerte no alienta el deseo desordenado que muchos viven en pos de acumular placeres: *comamos y bebamos, que mañana moriremos* (1Cor 15, 32; Is 22, 13). Esa búsqueda ansiosa de placer nos acerca a *aquellos que, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos* (Hb 2, 15).

Segunda conclusión: no acertamos a la hora de transmitir la verdad del Evangelio. La fe católica no se sustenta en unas *ideas* sobre el mundo, la historia, el hombre y Dios; ni se presenta como un elenco de *normas éticas* cuya validez se comprueba por el grado de felicidad que aportan. *La fe no surge de una teoría, sino de un acontecimiento: el encuentro con Cristo, que ha vencido la muerte, ha resucitado, y permanece en nosotros por medio del Espíritu, que nos une a Él.*

A vosotros, jóvenes cristianos, os invito a redescubrir *algunas de las verdades esenciales a la fe*, oscurecidas en los últimos tiempos: Que después de la muerte nos espera la vida definitiva; una *vida eterna*, que puede ser eternamente feliz o eternamente penosa. Que vamos a *ser juzgados* por nuestras acciones. Que será Cristo mismo quien lleve a cabo ese juicio y nos juzgará según un criterio de misericordia. «Al atardecer de la vida, nos examinarán del amor (S. Juan de la Cruz).

Estas verdades se entrelazan en el pasaje bíblico que hemos escuchado; es tan importante que el evangelista san Mateo lo sitúa justo antes del relato de la Pasión. Como si quisiera decirnos que la predicación de Jesús, que se abre con el mensaje *de las bienaventuranzas*, llega a su conclusión con el sermón sobre el *juicio final*. Todo el Misterio Pascual está destinado a que nosotros podamos ser contados entre las ovejas llamadas a su derecha, los invitados a participar eternamente de su alegría.

I. EL JUSTO JUEZ

1. EL PÓRTICO DE LA BASÍLICA DE S. VICENTE

Me gustaría que intentarais imaginaros uno de los monumentos artísticos más importantes de la ciudad de Ávila: la basílica de los santos *Vicente, Sabina y Cristeta*, construida sobre el lugar en el que fueron martirizados durante la persecución de Diocleciano los tres jóvenes a los que está dedicada. El edificio es del siglo XII, joya de un románico aspirante al gótico, que pugna por conseguir altura, esbeltez y luz. Uno de los elementos más significativos es *su pórtico*, que contiene un mensaje acorde con el juicio final. Nos recuerda en su parecido al Pórtico de la gloria, no en vano fue probablemente construido por discípulos de la escuela del *maestro Mateo*. En la concepción cristiana, que los artistas medievales expresaban con claridad, la belleza de la liturgia celebrada en el templo es símbolo y anticipo de la gloria de Dios. Por eso, la puerta de entrada a la iglesia se presenta como *la puerta del cielo*. Al visitante no le cabe duda de ello, pues se inscribe en un arco de medio punto en el que están esculpidos motivos vegetales, que recuerdan la exuberante flora del *paraíso*. El arco semicircular nos recuerda la *eternidad* del Creador que, como la forma geométrica del círculo, no tiene principio ni fin. El «cielo» al que aspiramos no es tanto un «lugar» cuanto la *participación en el mismo Ser de Dios*; es

consentir que Él nos envuelva y nos abrace en lo más íntimo de Sí, de la misma forma que los elementos semicirculares de la arquitectura románica nos envuelven cuanto accedemos al interior.

Pero para pasar al cielo es necesario superar el juicio de Cristo. Por eso hay una imagen del *Señor en majestad* justo en el parteluz, dividiendo la puerta en dos. Su mirada impone al visitante. *¿Cómo poder atravesar la puerta? ¿Cómo superar el juicio de Aquél que sondea lo más íntimo de nuestras entrañas* (cf. Sal 139), que descubre nuestra más profunda y oculta verdad? Hay un criterio que nos transmiten las figuras que le rodean, es decir, los apóstoles que se están mirando mutuamente de dos en dos. Esta disposición inesperada – ¿no sería normal que todos estuvieran mirando al Señor?– probablemente sea la representación gráfica de algo que decía san Jerónimo: «Los discípulos de Cristo de dos en dos son llamados y de dos en dos enviados, porque el testimonio del Evangelio es el amor fraterno, y éste no es posible cuando hay uno sólo. Por eso, ¡ay del solitario!» (*In Marcum* 11; cf. PL 30, 643). El mensaje es sugerente: no accedemos a los criterios del juicio, a la verdad de Dios, por un mensaje concreto contenido en palabras, sino por el testimonio vivo de aquellos que han conocido al Señor resucitado y, por ello, viven entre sí la caridad. Así, *Tertuliano* comenta el asombro de los paganos al ver a los miembros de la Iglesia: «¡Mirad cómo se aman!» (*Apologeticum* 39; cf. PL 1, 534). Ese asombro es el que da paso a la fe, a acoger a Dios en sus vidas.

Dos de los apóstoles, sin embargo, no se miran entre ellos. Son precisamente los que están al lado de la imagen de Cristo Juez. Sus caras están medio torcidas. Con un ojo miran a Jesús, y con otro nos miran *a nosotros*. El testimonio de los apóstoles, recogido en las Escrituras, es el normativo. Son ellos quienes transmiten la ley por la que seremos medidos. Una ley que se expresa en el tímpano con sendos relieves sobre las dos puertas: representan *la parábola del pobre Lázaro y del rico*. En el primer relieve, aparecen tres figuras con ricas vestiduras comiendo en un palacio, y al lado un *mendigo harapiento* con los perros lamiéndole las llagas (cf. Lc 16, 21b). En el segundo relieve, bajo el palacio está la ostentosa cama de un *rico moribundo*, cuya alma se llevan los demonios; mientras que en la calle yace el cadáver de Lázaro, cuya alma –con forma de niño– es llevada al cielo por los ángeles.

¡Ya tenemos el *criterio del juicio!*, un criterio que golpea nuestra conciencia: *si quieres pasar al cielo, debes compartir los bienes con el necesitado*; no seguir el ejemplo del rico. Si no lo haces, tu destino es el infierno. Pero no basta con dar de lo que te sobra. Tienes que llegar a *darte a ti mismo*, pues sólo el que, como el mendigo Lázaro, se ha despojado de todo, puede acceder al cielo.

2. CRISTO, JUEZ UNIVERSAL.

La primera *novedad* que presenta el «sermón del juicio final» de Jesús es que se presenta *Él mismo como el Juez universal*. Esta función, en el Antiguo Testamento era *propia de Dios*; Dios es juez de vivos y muertos: *El Señor juzga hasta los confines de la tierra* (1Sm 2,10). En el Nuevo Testamento, Dios transfiere el juicio al Mesías, su Hijo Jesús: *Dios ha dado a su Hijo el juicio* (Jn 5,22-27). Por tanto, es una declaración implícita de que el Mesías no es simplemente un enviado de lo alto, sino el mismo Emmanuel, «*Dios-con-nosotros*». Sus palabras no vienen de un hombre cualquiera, sino del mismo Creador.

Esas palabras son innovadoras y el criterio del Juicio universal no va a ser sólo el cumplimiento de los Diez mandamientos, sino algo mucho más exigente y radical: *la práctica de las obras de misericordia*.

Fijémonos en el Juez: Jesucristo se califica a sí mismo en este pasaje como «*Hijo del hombre*» (v. 31), como «*rey*» (v. 34. 40) e implícitamente, dado que habla de ovejas y cabras, como «*pastor*».

Cristo, Hijo del hombre. Con frecuencia Jesús se llama a Sí mismo «*Hijo del hombre*». En los evangelios lo encontramos en 66 ocasiones, mientras que en el resto del Nuevo Testamento sólo se usa cuatro veces: una en Hch 7, 56, otra –indirecta, pues cita el Sal 8, 5– en Hb 2, 6 y dos en el libro del *Apocalipsis* (1, 13; 14, 14). Probablemente, esta diferencia de uso se debe a que los primeros cristianos no entendían muy bien el sentido de esta forma de hablar. Para la primera predicación del Evangelio, era mucho más accesible referirse a Jesús como «*el Señor, Kyrios*». De hecho, «hijo del hombre» es una expresión poco habitual también en el Antiguo Testamento. A veces equivale simplemente a un «ser humano» (cf. Ez 2, 1); otras se refiere a *la raza humana* en su conjunto, insistiendo en su fragilidad (cf. Sal 8, 5; 144, 3; 146, 3; Jer 49, 18; 49, 33), y, en el pasaje más importante de Dn 7, 13-14, en el que leemos cómo el profeta ve *venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. Avanzó hacia el anciano y llegó a su presencia. A él se le dio poder, honor, y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. Su poder es un poder eterno, no cesará*. En el contexto original de la profecía, puede referirse a una persona concreta o al pueblo entero de Israel. En cualquier caso, la interpretación que predominaba en tiempos de Jesús era que se trataba del *Mesías*, que iba a llegar al mundo.

Todos *estos sentidos convergen en Jesús*. Él es el *Mesías* enviado por Dios. Siendo eterno con el Padre, ha querido participar plenamente de nuestra *condición humana*, asumiendo una debilidad que le lleva hasta a padecer la muerte. Él ha venido en un primer momento de forma oculta, naciendo del seno de María en la pobre familia de José, pero promete que volverá de nuevo para juzgar a vivos y a muertos, esta vez sí, como esperaba Daniel, *revestido de poder y majestad: vendrá en su gloria, y todos los ángeles con él* (Mt 25, 1). Sólo entonces, en ese retorno que nosotros confesamos al recitar el Credo y en la aclamación que en la Misa sigue a la consagración, se pondrá plenamente de manifiesto su Reino: *Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor*. El fin del mundo será la *manifestación definitiva de Cristo, la extinción del sufrimiento y de la muerte*, y la ocasión para que, los que sean hallados dignos en el juicio, participen para siempre de su presencia.

Pero, al leer *cuando venga en su gloria el Hijo del hombre...* (Mt 25, 1), no debemos entenderlo como si *Jesús se hubiera ido ya de nuestro lado* y nos hubiera dejado solos. En el pasaje de la ascensión, el mismo Mateo recoge estas palabras de Jesús: *sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos* (Mt 28, 21). Él se ha quedado a nuestro lado: el Espíritu Santo nos lo hace presente, viene a nosotros en la *Eucaristía*; podemos reconocer su rostro en la Iglesia y podemos descubrirlo presente entre los *pobres*. No sólo en la Eucaristía, también en los pobres, no podemos olvidar esa presencia suya en los que tienen *hambre y sed*, entre los que están *desnudos, enfermos y presos*. Jesús dice: *lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Mc 25, 40). La carne del necesitado es la misma carne de Cristo.

Los grandes santos han sido capaces de reconocer esta presencia escondida de un Dios humilde en los humillados de esta tierra. San Juan Crisóstomo reprocha a sus fieles diciendo: «¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y luego, con lo que sobre, adornarás la mesa de Cristo» (*In Matthaeum* 50, 4), san Benito exhorta a acoger al peregrino como «al mismo Cristo» (Regla 53, 1), san Francisco pide a sus hermanos que cuando vean a un pobre, piensen que «en él se te propone, como un espejo, la persona del Señor y de su Madre, pobre» (S. Buenaventura, *Legenda Maior* 8, 5) y san Vicente de Paúl dice:

El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo, hay que prestarlo sin demora. Por esto, si en el momento de la oración hay que llevar a algún pobre un medicamento o un auxilio cualquiera, id a él con el ánimo bien tranquilo y haced lo que convenga, ofreciéndolo a Dios como una prolongación de la oración... Así pues, si dejáis la oración para acudir con presteza en ayuda de algún pobre, recordad que aquel servicio lo prestáis al mismo Dios» (*Correspondencia*; cf. LH Dies 27 septembris).

Estas afirmaciones de los santos no hay que entenderlas de forma excluyente. Resulta imposible reconocer en los pobres al Señor si uno no está acostumbrado por la meditación asidua de la Escritura y por la adoración frecuente de su presencia sacramental en la Eucaristía a saber cuál es su rostro y cuáles sus palabras. Todas las personas citadas son maestros de oración. Pero quizá el ejemplo más elocuente es el de Santa Teresa de Calcuta. Ella vivió un momento fuerte de conversión cuando encontró en el suelo una persona descartada en la India que le decía «tengo sed». La religiosa se acordó entonces de las mismas palabras de Jesús en la cruz (cf. Jn 19, 28b). Desde ese momento, se entregó a la causa de los más desfavorecidos, pidiendo a sus hijas que dedicaran la mitad del día al servicio de los necesitados y la otra mitad a la oración. La *oración* requiere el servicio, y el servicio la oración.

Con esta reflexión entendemos por qué en la expresión «Hijo del hombre», que Jesús se aplica a Sí mismo, son inseparables su referencia *mesiánica*, anunciada por *Daniel* y su equivalencia al «*ser humano frágil*». El juez definitivo es también la persona humilde que comparte nuestra flaqueza y se identifica con los pobres. El Hijo del Dios eterno es asimismo el Hijo de María que pasa por ser hijo del carpintero. La gloria infinita del Creador se esconde y actúa en el mundo a través de la carne sufriente de un condenado a muerte. El mayor poder se extiende en el mundo mediante la más absoluta debilidad.

El lenguaje de Cristo no es simbólico, lo cual sería muy útil para acallar nuestra conciencia. Si el Señor no se encarnara en los necesitados, podríamos prestarles una cierta asistencia sin implicarnos demasiado. Pero Jesús se identifica de forma plena, como consecuencia de la propia dinámica de su entrada en el mundo. El Concilio Vaticano II explica esto de forma profunda y elocuente: «*el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre*» (*Gaudium et Spes* 22). Es un principio esencial en el magisterio de san Juan Pablo II desde su primera encíclica (cf. *Redemptor Hominis* 8).

Para comprender esta afirmación, hemos de entender dos cosas. En primer lugar, hay que partir del realismo absoluto de la fe cristiana. Su afirmación principal consiste en confesar a Cristo como *verdadero Dios y verdadero hombre*, en cuya persona se unen

perfectamente divinidad y humanidad «sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación» (DH 302). En segundo lugar, hay que comprender que los seres humanos no somos islas. Todos estamos interconectados. Del mismo modo que hay una solidaridad de todos los seres humanos con Adán, por la cual todos participamos de su pecado original, así también todos somos asociados a la obediencia de Cristo (cf. Rm 5, 12s).

Por tanto, incluso antes de recibir nosotros el don del Espíritu Santo en los sacramentos, al abrazar la divinidad de Cristo su humanidad también tocó la nuestra, la naturaleza de todos nosotros. «Pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición, no sólo confiere dignidad eterna a nuestra naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos» (Prefacio III de Navidad). Los seres humanos ya no sólo poseemos la dignidad de ser *imagen y semejanza de Dios* (cf. Gn 1, 26-27); además Cristo nos ha participado su *divinidad* al hacerse hombre. Su *intercambio (mirabile commercium)* nos hace eternos. Y así, todos estamos dotados de una dignidad absoluta por el simple hecho de ser hijos de Adán. Ahí se fundamentan los *derechos humanos*, en cuya promoción y salvaguarda estamos empeñados los cristianos: *hemos sido divinizados*.

Los otros títulos que emplea Cristo en este pasaje son los de *rey* y *pastor*. En el capítulo anterior, comentando la parábola de la oveja perdida, ya reflexionamos sobre el último. Digamos sólo una palabra sobre el primero.

3. CRISTO, REY

Supongo que muchos de vosotros seguiréis la serie *Juego de tronos*, tan de moda. Junto al muy criticable abuso de escenas de sexo y violencia que contiene cada capítulo, la historia también recoge elementos que pueden ayudarnos en nuestra reflexión. Los reyes que se presentan buscan el trono para conseguir poder e imponer su voluntad a los demás. Esa forma de ser rey contrasta fuertemente con el estilo de Cristo: *Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. No será así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve.... Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve* (Lc 22, 25-27).

En *Juego de tronos* los gobernantes están muy ocupados en sus propias ambiciones y guerras internas, sin prestar atención a la verdadera amenaza, la de los «caminantes blancos». También esto es un trasunto del mundo real. Es como si dijeran: «en el tiempo presente, yo gobierno para que las cosas no vayan demasiado mal; el que venga tras de mí, que se las apañe como pueda». Cristo, en cambio, eleva nuestras miradas al *horizonte definitivo*. La meta es la hora de nuestra muerte, el día de su retorno glorioso, y la batalla que debemos librar no es entre nosotros –pues somos hermanos– sino con el diablo.

De entre los reyes que aparecen en la serie, suele caer bien a la audiencia *Daenerys Targaryen*, la «madre de los dragones». Sin duda, influye la belleza de la actriz que la representa y su condición de huérfana utilizada por un hermano cruel. Procura establecer la justicia y abolir la *esclavitud*. La reina afronta la revuelta de los *antiguos amos de esclavos*, que no soportan el cambio. Atentan contra Daenerys y su gobierno con horribles carnicerías pero al final la protagonista gana la batalla gracias a la superioridad numérica de sus soldados y a la ventaja indudable que supone tener tres dragones de su parte. Es decir: vence, pero no convence. Impone una medida justa, pero sin haber ofrecido antes *el motivo* por el que todos los hombres deben ser *iguales y libres*.

Precisamente *el cristianismo*, que fue la fuerza definitiva para abolir la esclavitud en nuestro mundo, *ofrece esas razones*. Los hombres somos libres porque Dios nos ha creado así para poder corresponder libremente a su amor, amándole nosotros a Él y a nuestros hermanos. Sin libertad, no es posible el amor. Como somos libres, somos responsables de la suerte de los más desfavorecidos. Nuestra libertad sólo es verdadera cuando se ejerce como la de Dios: al amparo de los pobres. Todos los seres humanos tenemos una misma y única dignidad, pues todos somos imagen y semejanza de Dios y todos somos redimidos por Cristo.

Nuestro modelo supremo es un Dios humilde que *tomó la condición de esclavo* (Flp 2, 7), se inclinó ante sus discípulos para lavarles los pies y dejarnos ejemplo (cf. Jn 13, 1-20), y a quien sólo imitamos cuando nos hacemos esclavos unos de otros por amor (cf. Gal 5, 13). Cristo no quiere ser rey sobre los hombres, mediante el ejercicio despótico de su omnipotencia, sino *rey de los hombres*, por haberse hecho un hueco en nuestro corazón y haber morado en su estancia central, en torno a la cual gravita todo lo demás.

4. CONCLUSIÓN

Al final, compareceremos ante el Juez con aquello que compadecemos. Es decir, con las *obras de misericordia* que practicamos. Las obras de misericordia prolongan en la historia el obrar de Jesús. Jesús es el *Rostro del Padre*; nosotros hemos de ser aquí *el rostro de Jesús*.

II. LAS OBRAS DE MISERICORDIA

1. QUÉ ES LA MISERICORDIA Y CUÁLES SON SUS OBRAS

Significado de «misericordia»: 1) etimológico: *miseris-cor-dare*: entregar el corazón a los necesitados. 2) bíblico: encontramos un matiz *masculino*: amor fiel, alianza (*hesed* en hebreo / *eleos* en griego); y otro, *femenino*: entrañas, seno materno (*rajamim* en hebreo / *splaknizo* en griego).

Jesús enumera como criterio del juicio (Mt 25 / Is 58) las «obras de misericordia corporales»: dar de comer al *hambriento*, dar de beber al *sediento*, hospedar al *extranjero*, vestir al *desnudo*, consolar al *enfermo* y visitar a los *presos*. Son seis. Para completar el número de siete, signo de perfección, la tradición de la Iglesia añadió otra obra de misericordia: *enterrar a los muertos*. También hizo otra aportación: a cada una de esas obras «corporales» *añadió otras «espirituales»*. Así, se «alimenta» con *sabiduría* al ignorante, se da el «agua» del *consejo* al que lo necesita, se acoge al prójimo con sus defectos, se cubre con nuestro *perdón* la «desnudez» de las ofensas, se *consuela* al que está herido en su corazón por el sufrimiento, se *corrige* al que se equivoca y *se reza por vivos y difuntos*. Esta *ampliación* de las palabras de Cristo se funda en una interpretación habitual de la Escritura que consiste en la alegoría: comprender determinadas acciones o consejos éticos como reflejo de las verdades espirituales. Parte también de una constatación sobre la realidad del ser humano. No somos sólo cuerpo; somos también espíritu.

No han de entenderse como imperativo moral

Para entender correctamente este sermón, hemos de evitar toda tentación de moralismo. Es decir, una interpretación que considera válida la fe sólo en la medida en que requiere un *comportamiento ético*.

Con el surgimiento de la Ilustración y su exaltación de la razón, muchos dejaron de creer en Dios. Hasta entonces, se consideraba a Dios como una «hipótesis necesaria», a quien acudíamos para interpretar el mundo cuando no alcanzaba nuestro conocimiento científico. Pero el desarrollo de la ciencia hizo que muchos consideraran que todo era explicable con el ejercicio de la razón. Dios dejaba de ser necesario para comprender la realidad y, dado que nuestros sentidos no podían acceder a Él, comenzó a dudarse o a descartarse su existencia.

Sin embargo, *Inmanuel Kant* defendió que sí había algo en lo que Dios seguía siendo *imprescindible: la vida moral*. Su argumento es sencillo. Los hombres -en su opinión- deben comportarse según el principio de *no hacer al otro lo que a ti no te agrada* (cf. Mt 7, 1s.): «Obra de tal forma que tu criterio de acción pueda convertirse en normal universal». El problema aparece con esta pregunta: ¿y qué pasa si los demás no me corresponden? ¿Por qué debo yo seguir haciendo el bien si a mi alrededor no existe más que el mal?

Seguro que vosotros os habéis planteado alguna vez esta cuestión. Si intentas ser bueno, pero a tu alrededor se ríen de ti, *¿por qué no pagarles con su misma moneda, con su misma crueldad?* Kant responde: no debemos obrar mal ni siquiera cuando fuéramos la única buena persona, porque nuestra alma inmortal va a ser juzgada por Dios y nuestro destino eterno dependerá de nuestras acciones. Se ve así obligado a reconocer que hay tres conceptos -alma, Dios, juicio final- que no pueden venir de nuestra experiencia personal - el las llama *a priori*- pero que son imprescindibles para mantenerse en la senda del bien.

El intento de Kant es legítimo y hemos que agradecerle que rompiera una lanza a favor de la religión en un momento histórico muy complicado. Sin embargo, nos puso en una tesitura terrible. Por un lado, surgieron personas que intentaron fundamentar *una ética sin Dios*. De hecho, parece algo necesario en nuestros días. Dejemos ahora si realmente es posible hacerlo. Lo que para un cristiano debe estar claro es que *Dios no puede ser una simple «hipótesis necesaria»*, ya sea para comprender el cosmos, ya sea para justificar la moral. Eso supone no respetar su trascendencia e incluso «instrumentalizarlo» para nuestros intereses. Dios no es aquello a lo que recorro cuando topo con el límite de mi saber, pues entonces se convierte simplemente en el nombre de mi ignorancia. No es que para comprender el mundo necesite que Dios exista; sino que, porque Dios existe, mi imagen del mundo y de la vida humana es distinta.

Por otra parte, el discurso eclesiástico tendió a ser un *discurso ético*. ¿Cuántas veces no escuchamos las expresiones «*tienes que*», «*debemos de*», «*hay que*»...? Ciertamente, la fe conlleva un compromiso ético. Pero cuando abusamos de ellas perdemos de vista la esencia del Evangelio, que es amor y libertad, y lo reducimos a mero catálogo de leyes morales. No se le puede decir a la gente qué es lo que Dios pide de ti sin mostrarles antes qué es lo que Dios ha hecho por ti.

2. CENTRALIDAD DE CRISTO

Porque la actuación cristiana en este mundo es una correspondencia al amor de Cristo. Nuestra exigencia moral no es otra cosa sino nuestra «vida en Cristo». Dado que Él ha

entregado su vida por nosotros, nosotros no podemos menos que entregarle la nuestra, reconociéndole en la oración y sirviéndole en los pobres. Antes de requerir cuál debe ser la actuación del prójimo, hemos de mostrar que somos infinitamente amados, perdonados y esperados por un Dios que se anticipa, que da la vida por ellos incluso antes de que ellos estén dispuestos a hacer nada por corresponderle.

En este sentido, es muy ilustrador el pasaje de la homilía del cardenal Joseph Ratzinger en el funeral de don Luigi Giussani, fundador del movimiento «Comunión y Liberación»:

Pienso en el año 1968 y los siguientes: un primer grupo de los suyos había ido a Brasil y allí se encontró con la pobreza extrema, con la miseria. ¿Qué se podía hacer? ¿Cómo afrontarla? Y fue grande la tentación de decir: ahora, por el momento, debemos prescindir de Cristo, prescindir de Dios, porque hay necesidades más apremiantes; antes debemos esforzarnos por cambiar las estructuras, las cosas externas; primero debemos mejorar la tierra, luego podremos pensar también en el cielo. Era grande en aquel momento la tentación de transformar el cristianismo en un moralismo, el moralismo en política, de sustituir el creer con el hacer. Porque, ¿qué implica el creer? Se puede decir: en este momento debemos hacer algo. Y, sin embargo, de esta manera, sustituyendo la fe con el moralismo, el creer con el hacer, se cae en particularismos, sobre todo se pierden los criterios y las orientaciones, y al final no se construye, se divide. Monseñor Giussani, con su fe impertérrita e inquebrantable, supo que, incluso en esa situación, Cristo y el encuentro con él sigue siendo lo fundamental, porque quien no da a Dios, no da casi nada; quien no da a Dios, quien no ayuda a encontrar a Dios en el rostro de Cristo, no construye, sino que destruye, porque hace que la acción humana se pierda en dogmatismos ideológicos y falsos. Don Giussani conservó la centralidad de Cristo y precisamente así ayudó con las obras sociales, con el servicio necesario a la humanidad en este mundo difícil, donde es grandísima y urgente la responsabilidad de los cristianos con respecto a los pobres del mundo» (24 febrero 2005).

3. JESÚS ESTÁ EN EL NECESITADO

Sólo desde la centralidad de Cristo es posible realizar las obras de misericordia por las que seremos juzgados al final de nuestra vida; sólo reconociendo a Cristo en los pobres. *Él fue el hambriento* que tuvo que alimentar la humilde familia de María y de José; *Él el sediento* que en la cruz pidió de beber y al que se respondió con vinagre (cf. Jn 19, 28b-30a); *Él el extranjero* que no encontró sitio para nacer en la posada (cf. Lc 2, 7b) y *el refugiado* que tuvo que asilarse en Egipto siendo tan sólo un bebé (cf. Mt 2, 13-15). Cristo fue *el desnudo*, despojado de sus vestiduras y elevado sobre la cruz a la vista de todos (cf. Jn 19, 23-24); *Él fue el moribundo* consolado por las mujeres de Jerusalén (cf. Lc 23, 27-28), *el reo* ayudado por Simón de Cirene (cf. Mt 27, 32) y *el cadáver* sepultado por José de Arimatea (cf. Mt 27, 57-60). Cuando nosotros nos dejamos llevar por la misericordia a un pobre, estamos acariciando a Cristo y estamos recordando en sus sufrimientos los que Él padeció por nuestra salvación.

También fue Jesús el que, *multiplicando los panes*, dio de comer a una multitud (cf. Mt 14, 13-22); el que *ofreció a la Samaritana el agua* que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4, 13); el que *realizó milagros sanando* a quienes no pertenecían a su pueblo (cf. Mt 8, 5-13; 15, 21-28); *Él vistió con salud y dignidad la carne herida de los leprosos* (cf. Mt 8, 1-4); *confortó* con su palabra y su oración a los humildes y sencillos (cf. Mt 11, 25-30); *se interesó por Juan Bautista en la cárcel* (cf. Mt 11, 4-15) y *devolvió la vida* al hijo de la

viuda de Naín (cf. Lc 7, 11-17), a la hija de Jairo (cf. Mc 5, 21-43) y a su amigo Lázaro (cf. Jn 11, 1-44).

Del mismo modo que, cuando asistimos a un pobre no actuamos *como si fuera imagen de Jesús* sino *el mismo Jesús* presente en su carne herida, así también reconocemos que cuando nos mueve verdaderamente la caridad, no estamos sólo imitando a Jesús: estamos consintiendo que Él, por su Espíritu, viva en nosotros y actúe por medio de nosotros. Por eso podemos salir ilesos del juicio final: porque el Juez se reconoce a sí mismo en nuestras vidas.

CONCLUSIÓN

Queridos jóvenes, ¡éste es el testimonio del Evangelio: Dios es amor! (1Jn 4, 8); por eso decía san Agustín que «*ves a Dios si ves la caridad*» (*De Trinitate* 8, 8, 12). ¡Dejemos que a través de nosotros los pobres vean a Dios que los ama y nuestros compañeros descubran a Dios que les sigue amando!

La caridad es el milagro que está en las manos de todos. Si nosotros somos capaces de amar a cualquier persona como a nuestro hermano, si perdonamos a quienes nos ofenden, si rezamos por los que nos insultan, si apostamos por los descartados, si amamos a los que todos odian (cf. Mt 5, 21-26; 43-48), éste será el *signo más elocuente* de que no nos mueven las estrechas fuerzas de nuestro pequeño corazón, sino que *estamos animados por un Amor más grande, por un Amor eterno, que ese Amor más fuerte que la muerte* (Cnt 8, 6), *que resucitó a Jesucristo y nos resucitará también a nosotros. Si Dios habita en nosotros, practicaremos la misericordia y los hombres lo reconocerán, lo amarán y lo seguirán. Y será la más hermosa manera de gastar nuestra única vida, en la esperanza de superar el juicio y de ser admitidos en la alegría del reino celestial.*

PISTAS PARA EL TRABAJO PERSONAL O POR GRUPOS

¿Has pensado alguna vez en el día de tu entierro? ¿Quién te gustaría que estuviera allí?
¿Qué te gustaría que pensasen esas personas?

¿Qué pobreza te encuentras en tu vida cotidiana? ¿Cómo reaccionas ante ellas? ¿Cómo crees que te pide reaccionar Cristo? ¿Qué obras de misericordia son urgentes en tu vida?

¿Se te ha predicado un cristianismo basado en el discurso ético: «tienes que», «debes de», «hay que»?

La actuación cristiana en este mundo es una correspondencia al amor de Cristo. ¿Tu encuentro con Cristo y su misericordia ha cambiado algo tu actitud hacia el mundo?